CAPÍTULO III

Ciudad Rodrigo

I

A primeros de mayo tocaban los viajeros al término de su expedición, encontrando tropa española á orillas del Agueda, pasado Martín del Río.

Eran soldados de D. Martín de la Carrera, cuya división iba á unirse á la vanguardia inglesa del general Crawford, alojada entre aquel río y el Coa, á poca distancia de la ciudad sitiada.

Por ellos supieron que los ingleses habían tenido un combate á mediados de mayo contra los napoleónicos, obligándoles á retirarse.

Al día siguiente Espinosa, su mujer y el ayudante divisaban las torres de Ciudad Rodrigo, pero al propio tiempo se veían detenidos por la línea de cerca establecida por los franceses, cuyas blancas tiendas se extendían desde el cerro de Matahijos á Casablanca, circunvalando la plaza.

Había, pues, que romper la línea francesa para penetrar en la ciudad, y la línea era harto reforzada para pensar que fuese empresa fácil.

Sin embargo, por la parte del arrabal de San Francisco parecía menos riguroso el cerco.

Los viajeros se dirigieron hacia allí, guiados por un labrador de las cercanías.

Era prudente esperar á que llegase la noche para llevar á cabo la entrada.

Al caer de la tarde vieron, sin embargo, con el mayor asombro, que salía de la plaza hacia aquella parte un escuadrón de caballería á todo escape.

—¡Es Sánchez!—exclamó alborozado Espinosa.—Ya podremos entrar en la plaza.

Era, en efecto, D. Julián, que, encargado del servicio de salidas, iba á llevar un parte al general Crawford.

La caballería del guerrillero pasó como una tromba al través de las avanzadas francesas, que se retiraron precipitadamente, dejando libre el paso.

Espinosa y sus acompañantes corrieron hacia el convento de San Francisco, y al cabo de algunos minutos se encontraban en el interior de la ciudad.

II

El brigadier presentóse en seguida al gobernador de la plaza.

Éralo, para gloria suya y orgullo de la patria, don Andrés Pérez de Herrasti, militar antiguo, bizarro, honradísimo, de venerable aspecto, granadino como Álvarez de Castro, y compañero suyo de armas en el cuerpo de guardias españolas.

Espinosa manifestó al anciano general los moti-

vos que le habían llevado á Ciudad Rodrigo, no habiendo querido adherirse á la capitulación de Astorga.

Herrasti le recibió con los brazos abiertos, y encargóle en seguida que tomase el mando del ejército que ocupaba los conventos del norte, amagados incesantemente por el enemigo.

Dichos conventos eran el de San Francisco y el de Santa Cruz, instalándose el brigadier en este último.

La población constaba entonces de unos 5,000 habitantes, y la guarnición ascendía á 5,500, inclusa la milicia urbana. Había, además, D. Julián Sánchez con sus 240 jinetes.

Estrella quedó aguardando en la puerta de San Francisco el regreso de la caballería.

Largas horas pasaron, que lo fueron para ella de angustia mortal, considerando el temerario arrojo de los guerrilleros, que, después de haber forzado la línea para salir, debían romperla de nuevo para volver.

A las once de la noche oyó el galopar de numerosos caballos por la dehesa de Martín Hernando, y al corto rato entraban gallardamente los valerosos expedicionarios.

Estrella se dirigió á un soldado y le pidió le indicase quién era D. Enrique Osorio.

—Es mi teniente, señora,—contestó el lancero.—Allí le tenéis.

La joven vió á un arrogante mozo que estaba hablando con D. Julián Sánchez.

Inmutada al contemplar por primera vez la varonil figura de su hermano, dejó que terminase la conversación para ir á arrojarse en sus brazos.

Enrique bajó del caballo y entregó las riendas á un ordenanza.

Entonces reparó en que Estrella le estaba mirando, y, antes de que pudiese fijarse en ella, sintió que la joven le tenía estrechamente abrazado, derramando abundantes lágrimas, sin poder hablar.

—¡Enrique!—pudo exclamar por fin.—¡Soy tu hermana! ¡Tu padre era el mío también!

—¡Mi hermana! ¡Oh dicha inmensa! ¿Eres tú? ¿Y tu madre?

—Es la condesa Julia. No la conozco aún, pero me basta con tenerte á ti.

—¿Tú eres la pobre niña que nació de aquellos amores? ¡Ven, ven á mis brazos! ¡Oh cuánto te me pareces! ¡Cuán diferente eres de la otra! Tú debes ser española, muy española: ¿verdad?

—Lo soy como tú y como mi marido.

—¿Estás casada? Y ¿quién es tu marido?

—El brigadier Espinosa.

—¡Espinosa!

—¿Le conoces?

—No tengo tanto honor: sólo sé sus proezas. ¡Cuántas alegrías en un minuto! Vamos á donde pueda verte bien, y hablaremos mucho, mucho, mucho. Nos lo contaremos todo, y verás si estarás contenta de un hermano que te quiere tanto como ya te quiero yo.

Nada se olvidaron de decirse, sintiendo uno por otro incontrastable simpatía.

Mucho se parecían, en efecto, siendo igual la expresión de sus grandes y negros ojos y el óvalo de su rostro.

—¡Qué dicha la mía la de haberte encontrado cuando sólo sentía removerse en mi pecho sentimientos de odio y de venganza! ¡Qué dulce me será poder amarte como á hermana después de haber arrojado mi maldición y mi desprecio sobre la otra! ¡Estrella! ¡Parece que te pusieron ese nombre para servir de luz y consuelo en las tormentas de la vida!

El brigadier vino á las pocas horas á reunirse con ellos, y desde aquel momento los tres quedaron unidos con los más estrechos lazos de cariño y de amistad. Eran tres naturalezas francas, abiertas y generosas, ardiendo por igual en el fuego del patriotismo, y resueltos todos á sacrificar sus vidas por la causa española, y cada uno en interés de los otros.

Estrella y Enrique, enlazados por la fuerza de la sangre, se sintieron mutuamente poseídos de inmenso cariño, y Espinosa tuvo una esposa que le idolatraba y un hermano que sólo anhelaba demostrarle que era digno de toda su estimación.

III

El sitio puesto por los franceses á Ciudad Rodrigo era formidable.

Había empezado el 25 de abril, ciñendo la plaza el cuerpo del mariscal Ney, y desde aquella fecha no habían cesado de acudir fuerzas y más fuerzas, harto sobradas para rendir una tan débil plaza

como era aquella á no temerse que pudieran venir los ingleses en su auxilio, que no vinieron.

Después de Ney acudió Junot, y después de Junot, Montbrun.

Eran, entre todos, 50,000 hombres y 6,000 caballos, aguerridos y bien mandados.

Todo el mes de mayo pasóse en escaramuzas, ejecutando homéricas proezas los sitiados, y en especial D. Julián Sánchez.

Uno de aquellos días llegó á la plaza el general Crawford para conferenciar con Herrasti. Habíalo escoltado D. Julián, y tenía también á su cargo acompañarlo á la vuelta.

Al llegar á la línea francesa agolpóse contra ellos un grueso trozo de enemigos.

—¡Hay que retroceder!—exclamó Crawford.—Estamos cortados. ¡A escape á Ciudad Rodrigo!

—Yo no retrocedo nunca,—contestó Sánchez.—¡Adelante y á ellos!

Y, en vez de declararse en retirada, procurando emprenderla en buen orden, la caballería de D. Julián se arrojó sobre las filas enemigas, acuchillando á cuantos encontraba al paso.

El guerrillero dejó á salvo en su campamento al general inglés, que quedó maravillado tanto del talento militar como del arrojo del jefe español.

A media noche D. Julián Sánchez estaba de vuelta en la plaza.

IV

El 22 de mayo llegó allí un emisario del campo francés con proposiciones de capitulación, habiéndose dirigido ya antes inútiles intimaciones al gobernador Herrasti.

—Decid á vuestro general,—contestó el español,—que puede excusar el cansarse, pues de hoy en adelante no trataré sino á balazos (1).

Este proceder de Herrasti es tanto más digno de eterna memoria por cuanto conocía la imposibilidad de salvarse la plaza.

Está situada Ciudad Rodrigo á la derecha del Agueda, sobre una altura. Circuída de un muro alto muy antiguo y de escasa resistencia, dominábala al N. el cerro de San Francisco, distante unas 600 varas, y entre éste y la ciudad otro llamado el Calvario, menos elevado.

(1) Frase histórica.

Rodéanla dos arrabales, uno á la otra orilla del Agueda, conocido por el del Puente, y el de San Francisco, bastante extenso, al NE., que se cuidó de tener atrincherado. Fortificáronse, además, varios edificios y conventos de los alrededores, entre ellos los de Santo Domingo, San Francisco y el de Santa Cruz, al NO. Levantáronse estacadas por la parte del río, abriéronse cortaduras y pozos de lobo, despejáronse los aproches de la plaza y se construyeron algunas otras obras.

No había almacenes ni casamatas, por lo cual se cargó la bóveda de la torre de la Catedral, depositando allí, y en varias bodegas, las municiones y el parque, como sitios menos peligrosos.

V

El 6 de junio los sitiados hicieron una brillante salida al mando del valiente oficial D. Luis Minayo.

Mucho daño recibieron los franceses, y para resguardarse de la puntería de los nuestros hicieron hoyos en las huertas, disparando desde allí dentro contra las avanzadas españolas.

Salióles bien este sistema, y continuaron adelantando sus apostaderos.

La noche del 15 al 16 de junio abrieron la trinchera, que empezaba por el cerro de San Francisco, ensanchándola por su derecha y por el frente de la plaza.

Espinosa hizo una salida para estorbarlo, costando mucha sangre á los franceses. Iban con él cuatrocientos cazadores y el batallón de voluntarios de Avila, al mando éste de D. Antonio Vicente Fernández, entendido y valeroso oficial.

Muchos reencuentros hubo en los siguientes días, siempre sostenidos con gloria por parte de los sitiados, que eran uno contra doce.

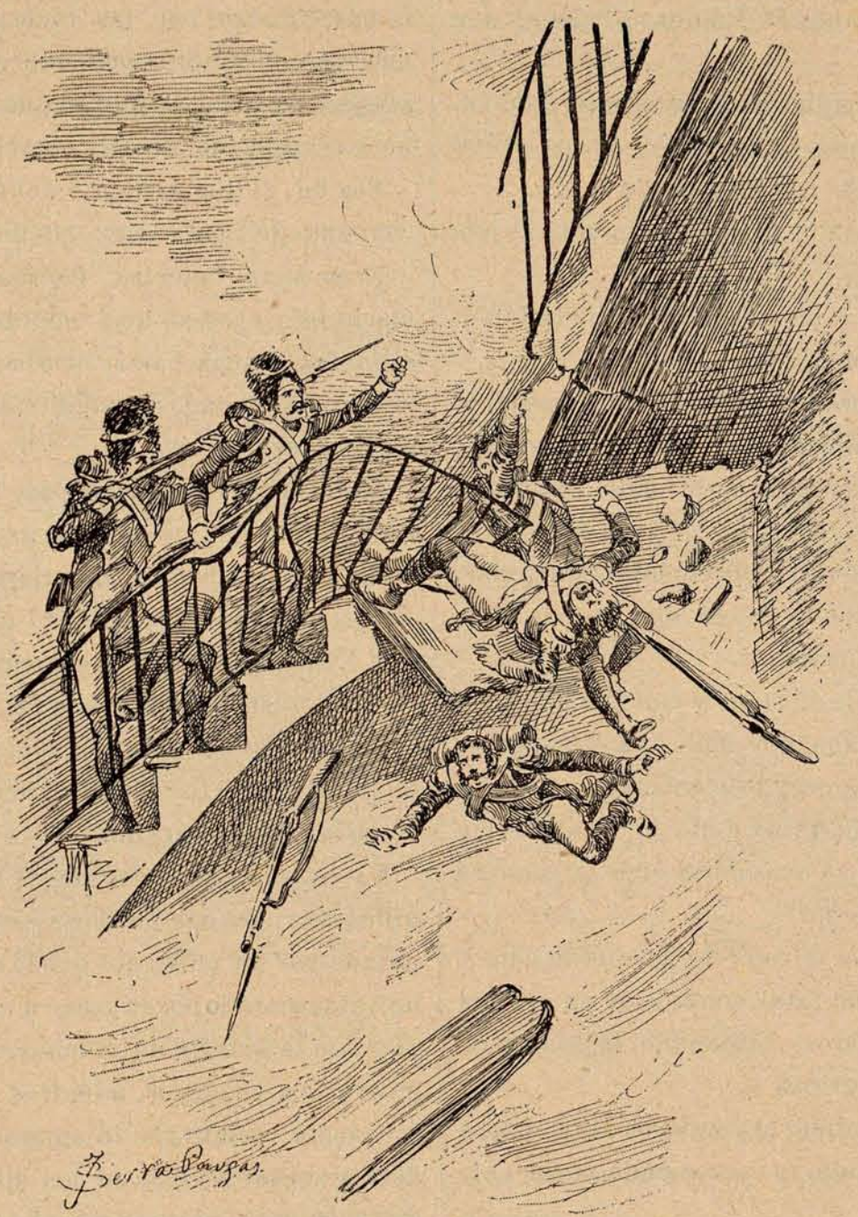
Llegó el momento de tener tan adelantadas ya sus líneas los enemigos que no le era ya posible maniobrar á la caballería de Sánchez.

Herrasti no quiso que tan admirable fuerza se viese reducida á no poder continuar prestando activos servicios, y dispuso que saliese de la plaza para incorporarse á la división de Carrera.

Esto, que hubiera sido un imposible para otro, era una operación sin importancia para la intrepidez de D. Julián.

A media noche salió, dirigióse á la dehesa, encontró tres líneas enemigas, que forzó sucesivamente; mató, atropelló y pasó victoriosamente, dejando asombrados á los sitiadores con denuedo tan sin igual.

En aquella memorable jornada distinguióse en primer término Enrique Osorio, ávido de señalarse. Sin duda alcanzaron su objeto las oraciones de Estrella, pues tuvo atravesado el morrión por tres balazos y se le llevó una bala la charretera. En cam-



Las tablas habían cedido, cayendo los desdichados granaderos en lo hondo...

bio estaba mellado su sable y rota la punta de su lanza.

La noche siguiente tocóle el turno á Espinosa, que rechazó los ataques de los sitiadores contra el arrabal de San Francisco y los conventos de Santa Clara y Santo Domingo.

Los franceses, irritados por aquella obstinada resistencia, atacaron á las altas horas de la otra noche el convento de Santa Cruz, donde, como hemos dicho, residía el brigadier.

VI

Era el convento un vasto edificio, de sólidas paredes, defendido por una tapia en el lado delantero.

Esta tapia escalaron los franceses, á pesar del fuego que les hacían desde las aberturas, y, una vez delante la puerta, la pegaron fuego, penetrando victoriosos en la iglesia.

Llevados de su afición incendiaria, aplicaron ca-

misas embreadas á las paredes del sagrado recinto, pronto convertido en asfixiante hoguera.

Llegaron al claustro y determinaron la manera de asaltar en seguida el departamento donde se alojaba la tropa encargada de la defensa del puesto.

Cien soldados componían tan sólo la guarnición, al mando de los capitanes D. Ildefonso Prieto y don Angel Castellanos.

Los franceses se dirigieron á la escalera en cuyos descansos superiores se encontraban los defensores, que hacían desde allí un nutrido fuego.

Una descarga de los nuestros dejó sin vida al jefe de los asaltantes.

Esto enardeció más á los franceses, que redoblaron con furor sus acometidas.

Habían los defensores practicado de antemano, por orden del brigadier, y con la mayor cautela, una cortadura en la escalera, cubriendo la trampa con delgados tablones.

Costaba cada peldaño una porción de vidas; mas, por último, y conquistando una grada tras de otra, iban adelantando los enemigos.

Iba á su frente, sable en mano y con una antorcha de viento en la otra lanzando siniestro resplandor, un oficial que Espinosa creyó reconocer.

Era Hebert, el que le había dado la fatal noticia de la traición de Rosario cuando lo hizo prisionero en Villafranca del Vierzo.

Lanzóle el oficial una mirada de profundo odio y puso el pie en el rellano fatal, seguido de un pelotón de veteranos granaderos, resonando instantáneamente desgarradores gritos.

Las tablas habían cedido, cayendo los desdichados granaderos en lo hondo, y pereciendo miserablemente.

Los que seguían detrás retrocedieron despavoridos, contemplando aquel negro boquete que había tragado á los más valientes.

Los sitiados corrían peligro de morir asfixiados con la humareda que salía de la iglesia y llenaba los dormitorios, pero no por eso decaía su ánimo. Las llamas del incendio alumbraban espantosamente aquella lucha enconada.

Tres horas duró el sitio. Los franceses, azorados con lo sucedido en la escalera, no osaban aventurarse en el interior, recibiendo, en cambio, un diluvio de balas de los nuestros.

Al rayar el día se retiraron, dejando el terreno que habían ocupado convertido en un lago de sangre (1).

VII

En virtud del continuo estado de alarma en que se encontraban por las incesantes salidas de los nuestros, y también por tener que ocuparse en los ataques exteriores, ello es que los franceses no habían establecido aún las baterías de brecha.

Por fin, al día siguiente del sangriento drama del convento de Santa Cruz, quedaron descubiertas.

Eran siete baterías, coronadas por 46 cañones, morteros y obuses, que empezaron á disparar con espantable furia balas, bombas y granadas contra la heroica ciudad, respondiendo la plaza con no menor braveza.

Lo mismo que en Zaragoza, lo mismo que en Gerona, lo mismo que en Astorga, todos tomaron parte en la defensa: hombres, mujeres, niños, viejos y jóvenes, sin distinción de edad ni sexo; pero en Ciudad Rodrigo se vió una cosa más extraordinaria, y es que tomaron parte hasta *los ciegos*.

La heroína del sitio fué una hermosa mujer del pueblo llamada Lorenza, dos veces herida sin querer retirarse de la muralla.

No lejos de allí, dos ciegos prestaban grandes y útiles servicios con pasmosa actividad. Uno de ellos, guiado por un perro fiel que le servía de lazarillo, si no había matado por su mano á ningún francés, había causado la muerte de muchos con su continuo cargar fusiles y retacos, mientras el otro, con sus risas y chacota, sembraba la animación entre los soldados. A ambos se veía en los sitios más peligrosos, gritando entre alegres y joviales chistes:

—¡Animo, muchachos! ¡Viva Fernando VII! ¡Viva Ciudad Rodrigo!

Diez y seis horas seguidas duró el bombardeo. Se conocía que antes de abrir brecha probaban los franceses de aterrar á los defensores. Inmensos fueron los estragos, imponderables; pero los sitiados, en vez de flaquear, cobraron, si cabía, mayores bríos.

Al siguiente día caía desmoronado el torreón del Rey, después de haber hecho prodigios nuestra artillería, al mando del brigadier Ruiz Gómez.

---

(1) Histórico.

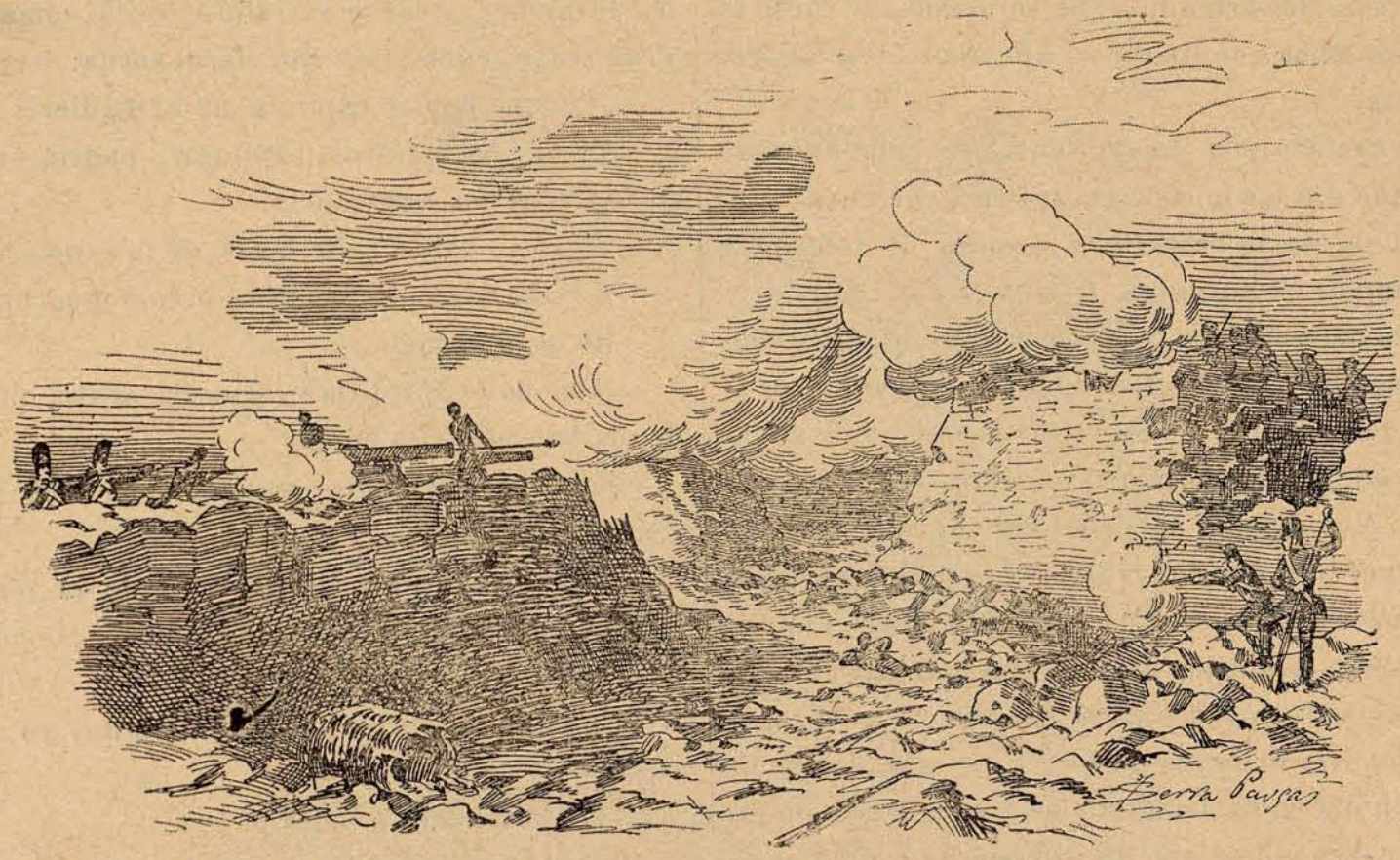
VIII

Entretanto había ocurrido una importante novedad en el campo enemigo: había llegado Massena, el famoso príncipe de Essling, para tomar el mando en jefe.

Sin duda para que los españoles supiesen el honor que se les dispensaba al encargarse de sitiarles el duque de Rívoli, envióse un tercer parlamentario á Herrasti, haciendo una nueva intimación honorífica, á la vez que amenazadora, en nombre de Massena.

Herrasti recibió al emisario y contestó: —Después de cuarenta y nueve años que llevo de servicios sé las leyes de la guerra y mis deberes militares. Decid al mariscal que Ciudad Rodrigo no se halla en estado de capitular.

—Sin duda confía V. E. en que vendrá lord Wellington en socorro de la plaza,—replicó el enviado;—y, si así fuere, tengo el honor de proponer á V. E. que despache un correo al general inglés para cerciorarse de sus intentos, aguardando su vuelta para continuar las hostilidades ó resolver otra cosa.



... adelantó sus trabajos hasta 120 varas de la plaza

—En eso no hallo, á la verdad, inconveniente,—repuso Herrasti,—y queda aceptada la oferta.

Pero, con sorpresa del general español, renovó Ney el fuego sin esperar nada, y adelantó sus trabajos hasta 120 varas de la plaza. Herrasti, como se comprenderá fácilmente, no se mordió la lengua al comentar semejante comportamiento.

Por desgracia no tardó en conocerse que la dirección del sitio había pasado á un general de primer orden. El ilustre vencedor de Zurich manifestó su descontento á los mariscales por la manera como habían conducido las operaciones, y dictó varias disposiciones, acertadísimas, para desgracia nuestra.

«Trazó dos ramales nuevos hacia el glacis y enfrente de la poterna del Rey, rematándoles en la contraescarpa del foso de la falsa braga,» dice Toreno.

Llegados allí los franceses, empezaron á minar el terreno; pero nuestros ingenieros, al mando del teniente coronel D. Nicolás Verdejo, abrieron una zanja para contrarrestar los trabajos del enemigo y practicaron otras obras de suma oportunidad, en tanto que la artillería de la plaza contestaba vigorosamente á los disparos y al bombardeo de los contrarios.

Sin embargo, y á pesar de haber sido rechazados

repetidas veces anteriormente, no se pudo evitar que los bonapartistas se apoderasen del arrabal de San Francisco, debido á que las tropas que lo defendían habían tenido que dejarlo para ir á ocupar un sitio junto á la brecha del torreón del Rey.

Herrasti ordenó una salida á las órdenes de Espinosa, distinguiéndose en ella los capitanes don Miguel Guzmán y D. José Robledo. Gloriosas fueron las resultas, y, como siempre que mandaba el brigadier, resultó grande la mortandad de los contrarios y quedaron destruídas muchas de sus obras. Era el sino del brigadier que su presencia fuese la señal de tener que correr en abundancia la sangre francesa.

Enardecidos con tales ventajas, empeñábanse más cada día los mirobrigenses en la defensa, verdadero alarde de bizarría y firmeza no inferior á los ejemplos de Zaragoza, Gerona y Astorga.

Los leales soldados y defensores de la plaza contaban con que Wellington vendría á socorrerles al frente del brillante y numeroso ejército que mandaba, ya que tan inmediato se encontraba á la sitiada ciudad. Nadie podía hacerse cargo de cómo era posible tener bastante sangre fría para dejar que cayese en poder del francés una plaza que se sostenía con tan honroso denuedo; pero Wellington era hombre harto impasible para contemplar con emoción tanto heroísmo. Era el *duque de hierro* la más completa negación del entusiasmo. Así es que no se movió de sus cuarteles y dejó que los españoles se rindieran tras de tan tenaz porfía, atento, antes que nada, al interés de cubrir á Lisboa.

Las baterías enemigas enfilaban nuestras obras el día 8 de julio. La brecha abierta en la muralla alta de la plaza ensanchóse hasta 40 varas.

Pero no era esto sólo, sino que los ingleses, en vez de aproximarse, se habían alejado. Esto no cabe duda que podía ser una medida eminentemente británica, pero no dejaba también de ser una resolución eminentemente egoísta.

IX

El 10 la situación era insostenible.

Hacía setenta y siete días que duraba aquel sitio, habiendo sido continuo el tiroteo, incesantes las salidas, peleándose sin descanso, haciendo salidas, trabando escaramuzas y rechazando asaltos.

Había abierta una brecha de 40 varas. Las municiones escaseaban y los ingleses habían tomado las de Villadiego.

Espinosa miraba con horror la idea de quedar prisionero de guerra: para aquella naturaleza de hierro era siempre preferible la muerte que la pérdida de la libertad.

Era muy amigo suyo el prior del convento de San Francisco, gran patriota y virtuoso varón, por lo cual no le extrañó la visita del digno prelado.

No ignoraba el padre guardián los sentimientos del brigadier, y así se extrañó éste que, tomando un gran polvo, exclamase con cierta sorna:

—¿Conque hoy se capitula, mi brigadier?

—Yo no acostumbro á capitular, padre,—contestó Espinosa con arrogancia.

—Y ¿cómo vais á salir, pues, de la ratonera?

—A linternazos; pero saldré vivo ó muerto.

—No os lo apruebo.

—¿Que no lo aprobáis ? ¿Queréis, acaso, que quede prisionero ? ¡Eso jamás!

—Hay otros medios,—murmuró en tono indiferente el guardián.

—¿Otros medios para salir libre de la plaza?—exclamó impetuosamente el brigadier.—¡Decidmelo y seré vuestro esclavo toda la vida!

—Nada de eso, brigadier; pero, en fin, yo puedo salvaros.

—Pues salvadnos á todos.

—Tanto como á todos, no puede ser: uno ó dos pueden hacerlo; pero más, llamarían la atención.

—¡Hablad!

—El convento tiene un corredor subterráneo que va á parar más allá del teso de San Francisco: es obra antigua; conque ya veis cuán fácil os puede ser vestiros con la cogulla de nuestra orden y echar á andar por esos mundos sin que nadie lo extrañe.

—¡Oh padre mío! ¡Qué no os diera yo en pago de devolverme la libertad!

—Sois joven y podéis prestar muy buenos servicios en la guerra.

—Y mi ayudante ¿podría salir también?—exclamó señalando á Belmonte, que estaba allí presente.

—Sin duda alguna.

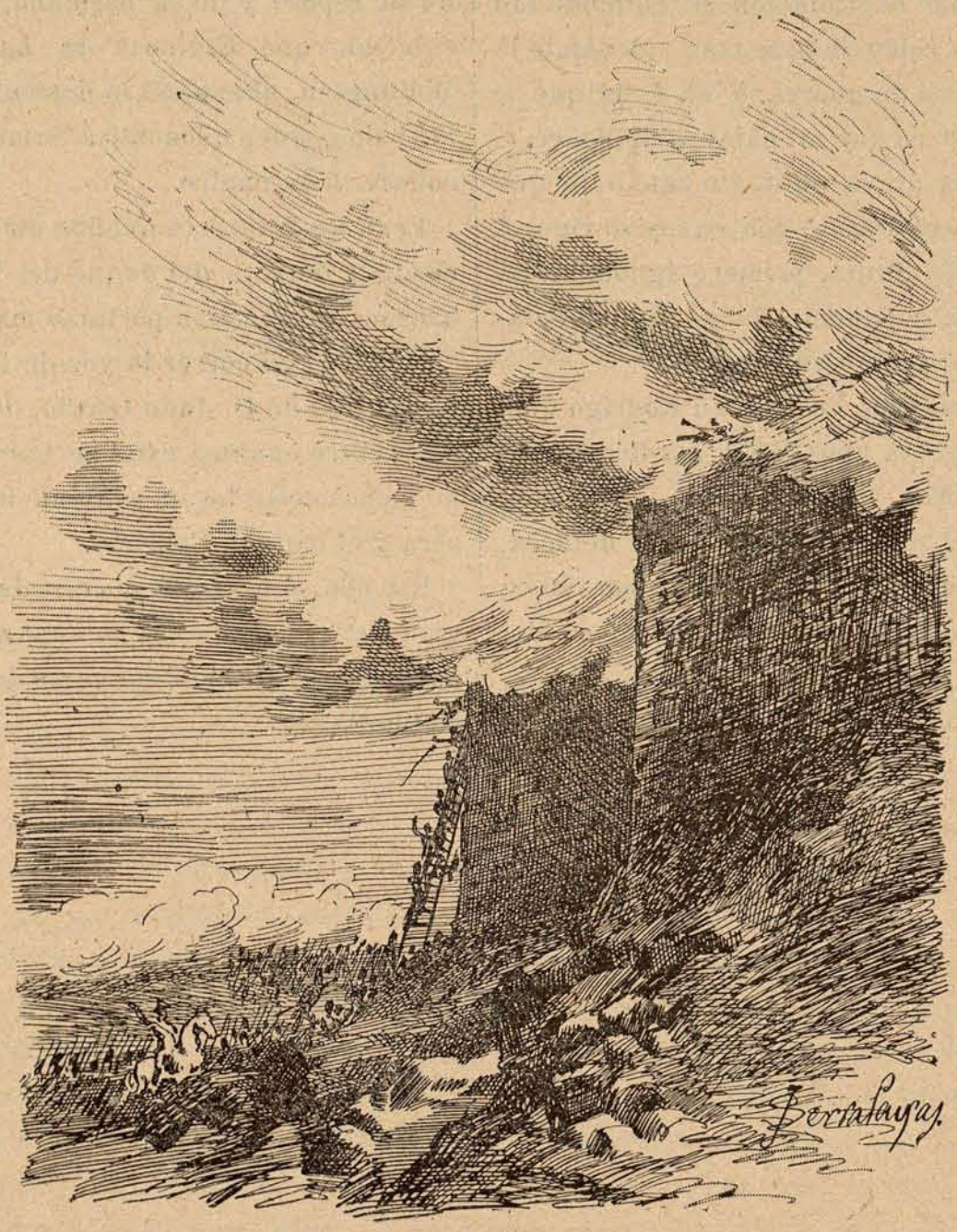
—Gracias, padre. Mi mujer quedará aquí, y nosotros dos iremos á incorporarnos á Wellington ó La Romana.

—Perfectamente. ¡Ea, pelillos á la mar! Aquí os

traerán los hábitos, os los ponéis, y no hay más que aprender á echar bendiciones para quedar hechos unos franciscanos capaces de convertir en rosales floridos las más espinosas zarzas.

El brigadier y su ayudante, precedidos del fraile, se encaminaron á los subterráneos, y, provistos de antorchas de viento, siguieron por una larga galería.

—Decid á Estrella que pronto sabrá noticias mías, —dijo Espinosa.



... trabando escaramuzas y rechazando asaltos

—Así lo haré, brigadier,—contestó el prior.—El cielo os guarde.

A la media hora Espinosa y Belmonte salían por una huerta propiedad del convento, y, revestidos con sus sayales, se dirigían á la raya de Portugal, atravesando el Agueda en una barca.

X

Entretanto seguían las negociaciones para la rendición.

Salió de la plaza un oficial con bandera blanca en ocasión en que tres franceses habían trepado hasta lo alto de la brecha, y dirigióse al cuartel general de Ney.

El *valiente de los valientes* manifestó al oficial que deseaba tratar con el gobernador en persona, impaciente, á la verdad, por conocer al heroico defensor de la plaza.

Ney, corazón noble y uno de los tipos más caballerosos de la corte napoleónica, no pudo contener

las muestras de admiración que sentía por Herrasti y se deshizo en elogios de la defensa.

—¿Queréis que extendamos las condiciones?—repuso Herrasti.

—Nada de escribir: es excusado andarnos con ceremonias, pues con hombres como vos basta y sobra la palabra. La capitulación se entiende tan amplia y honorífica como la que más, quedando la guarnición prisionera de guerra. Y en fe de que se cumplirá lo pactado, os doy mi palabra de honor.

Ney, en efecto, se atuvo puntualmente á lo que había expresado; pero tratóse con excesivo rigor á los individuos de la Junta, primero ignominiosamente encarcelados, conducidos luego á pie á Salamanca, é internados por fin en Francia.

De los 5,000 defensores de Ciudad Rodrigo quedaron fuera de combate unos 1,500, perdiendo más del doble los sitiadores.

Massena, al dar el parte, encomiaba la defensa, representándola como una de las más porfiadas; alabanza de subido mérito saliendo de la boca del héroe de Génova y de Ulm. «No hay idea,—decía,—del estado á que ha quedado reducida la plaza de Ciudad Rodrigo: todo yace derribado y destruído, y ni una sola casa ha quedado intacta.»

XI

Estrella quedó en la ciudad esperando noticias de su esposo y de su hermano, y al poco tiempo, sabiendo que Espinosa se había incorporado á Wellington, abandonó la destruída plaza y se trasladó sin perder momento á Salamanca para darse á conocer á su madre.

Eran los franceses dueños otra vez de la ciudad desde la derrota del duque del Parque en Alba de Tormes, y no solían portarse mal.

No tardó en correr la voz de la llegada de la valerosa hija de D. Juan Osorio, despertando vivo interés entre cuantos estaban enterados del suceso, y no menos entre los que sabian lo ocurrido con Aurora y el capitán Conrado.

Estrella se mantuvo encerrada en el mayor recogimiento, y sólo de vez en cuando se la veía permanecer largo rato en el convento de las comendadoras de Santiago.

CAPÍTULO IV

La madre Ángeles de la Resurrección

I

Por el año de 1791 era el marqués de Montespino uno de los principales secuaces de Floridablanca y ocupaba en Salamanca el primer puesto entre los enemigos del conde de Aranda, apoyado á su vez por cierto número de personajes, si corto en número, notable por su ilustración, entre ellos varios frailes y escritores seglares.

Distinguíase entre los *arandistas* ó ministeriales un catedrático de derecho de aquella docta universidad llamado D. Ignacio de Osorio, hombre conocidamente democratista, que no ocultaba sus simpatías por la revolución del 89, cuyas torcidas consecuencias lamentaba, aunque haciéndose cargo de las causas que determinaron fatalmente los posteriores sucesos.

Tenía D. Ignacio un hijo llamado Juan, de gallarda figura y despejado talento, más propio, al parecer, para figurar en un regimiento de guardias españolas que para cubrirse con la doctoral muceta; pero, al fin, cediendo á los ruegos de su padre, resignóse á ser algún día faro y lumbrera de alguna chancillería ó universidad.

En cambio el marqués tenía una hija de sin par belleza y un hijo digno de ser inmortalizado por Jovellanos en su *Epístola á Arnesto contra los vicios de la corte*.

Así como D. Juan había obedecido á su padre en materia de carrera, tampoco le descontentó cuando le propuso enlazarse con cierta prima, y, venciendo su falta de gusto por tal enlace, casóse, y tuvo en ella los dos hijos que hemos conocido.

Viudo quedó D. Juan cuando apenas contaba veinticinco años, sin que, á la verdad, hubiese conocido otro amor que el que profesaba á su padre y el que sintió ardiente y sin igual por Enrique y Aurora. Su esposa no le había dado gustos ni disgustos: era una pobre mujer devota, tímida y casera, que se había enlazado con él por iguales motivos que él con ella. Así es que D. Juan no podía decir nada acerca de lo que en realidad es el amor, y su corazón continuó virgen de todo afecto hacia una mujer.

II

Pasados dos años de la pérdida de su esposa, acertó á encontrar en cierta iglesia á la hija del marqués, y al punto sintió en su interior una emoción jamás experimentada hasta entonces, aumentando de día en día y convirtiéndose, por último, en avasalladora pasión.

Enamoróse, pues, locamente el hijo del arandista de la hija del aristócrata, que Julia se llamaba, y cuando el marqués llegó á saber la osadía del ga-

lán tuvo por conveniente morirse de la pataleta que le dió, encargando á su heredero que jamás en sus días consintiese en que su hija, convertida en condesa de resultas de su fallecimiento, otorgase su blanca mano al descamisado y maratista D. Juan de Osorio.

No era que el nuevo marqués de Montespino fuese hombre capaz de desafiar á D. Juan, pero sí tenía bríos suficientes para alquilar á cualquier jurdano ó á tal cual *flamenco* para que hirieran por la espalda al atrevido si no abandonaba la partida.

Julia, sin embargo, enamorada de D. Juan no menos que D. Juan de ella, se entregó por completo al bien amado, y no tardó en sentir agitarse en su seno el fruto de su pasión.

Aterrada al considerar el duro trato que recibiría de su hermano, procuró que le recetara el médico el uso de las aguas ferruginosas de Herreros de Jamuz, y, después de haber pretextado una indisposición, pasó al cabo de algunos días á Astorga, donde la esperaba D. Juan, dando á luz una hermosa niña en casa del labrador Ramón de Orrantía.

El nuevo padre confió á la recién nacida á aquellos honrados labriegos, y los primeros años fué á visitarles con frecuencia. Socorrióles siempre con esplendidez y dispuso que Estrella se educara como las niñas de menos humilde alcurnia. Sin embargo, y joven aún, postróle en un sillón una terrible parálisis, viéndose privado del placer de contemplar á aquella hija que adoraba y en la cual pensaba sin cesar.

La condesa entró poco después en el convento de las comendadoras de Santiago, negándose en todas ocasiones á ver de nuevo á su enamorado galán.

D. Juan, respetando primero la voluntad de la freila, y privado luego por su enfermedad de salir de casa, no volvió á ver más á Julia, llegando tan sólo hasta él la fama de su bondad y de sus virtudes.

III

Así que Estrella llegó á Salamanca dirigióse al convento de las comendadoras, solicitando ver con urgencia á la condesa Julia.

—La condesa Julia no existe ya para el mundo,—contestó la tornera.—¿Querréis decir, sin duda, la madre Angeles de la Resurrección?

—Decís bien, hermana. Deseo ver, sin perder un instante, á la madre Angeles de la Resurrección.

—Pasad al locutorio,—repuso la tornera,—y en acabando de rezar, á nona, al punto podréis hablarla.

Estrella entró en una pieza oscura y baja de techo. En el fondo había una doble reja formada por barrotes entrecruzados, formando menudos cuadros, de cuyos ángulos salían agudas puntas de bronce, artísticamente trabajadas. Era casi imposible poder distinguir quién hablaba tras de aquellas dos obras maestras de ferretería religiosa. Nadie será osado á decir que en España pequen de poco estratégicos los locutorios contra las asechanzas de los visitantes. El lujo de precauciones ópticas y táctiles alcanza á realizar el colmo de la previsión contra las mundanales tentaciones.

Estrella oyó el suave roce de un hábito y el silencioso rumor de apagados pasos, y pudo distinguir una forma blanca que se aproximaba á la reja.

—Dios os guarde, madre mía,—murmuró Estrella, desfallecida de emoción.

—¿Quién sois vos, hija?—contestó una voz de infinita dulzura.

—Señora,—repuso Estrella, alegre y llorosa,—bien quedo quisiera decíroslo, y en el alma os agradecería que me enseñaseis más vuestro semblante, que debe ser divinamente hermoso. ¡Poneos aquí, á la luz, para que pueda veros, porque no podéis imaginar, madre mía, cuánto me interesa contemplaros, ya que no pueda tener la dicha de arrojarme en vuestros brazos y caer á vuestros pies y besaros en la cara, y cubriros de caricias y regar con esas lágrimas, que no puedo contener, vuestro seno, que nunca he conocido!

—¡Oh hija mía!—respondió la voz, que pugnaba por hacerse baja.—¿Conque al fin he tenido esa dicha que tantos años he esperado en vano? ¡Estrella mía! Eres tú: ¿verdad? ¡Sí: eres Estrella! ¡Qué hermosa eres! Un ángel me pareces al través de esas rejas; pero ya nos veremos de más cerca. ¡Ah, sí! ¡Te he de ver y he de darte tantos besos como he soñado cada día que te daba! ¡Oh Estrella mía! ¡Oh mi hija amada!

No pudo seguir diciendo la pobre monja, ahogada por los reprimidos sollozos, y cayó desvanecida en un sitial.

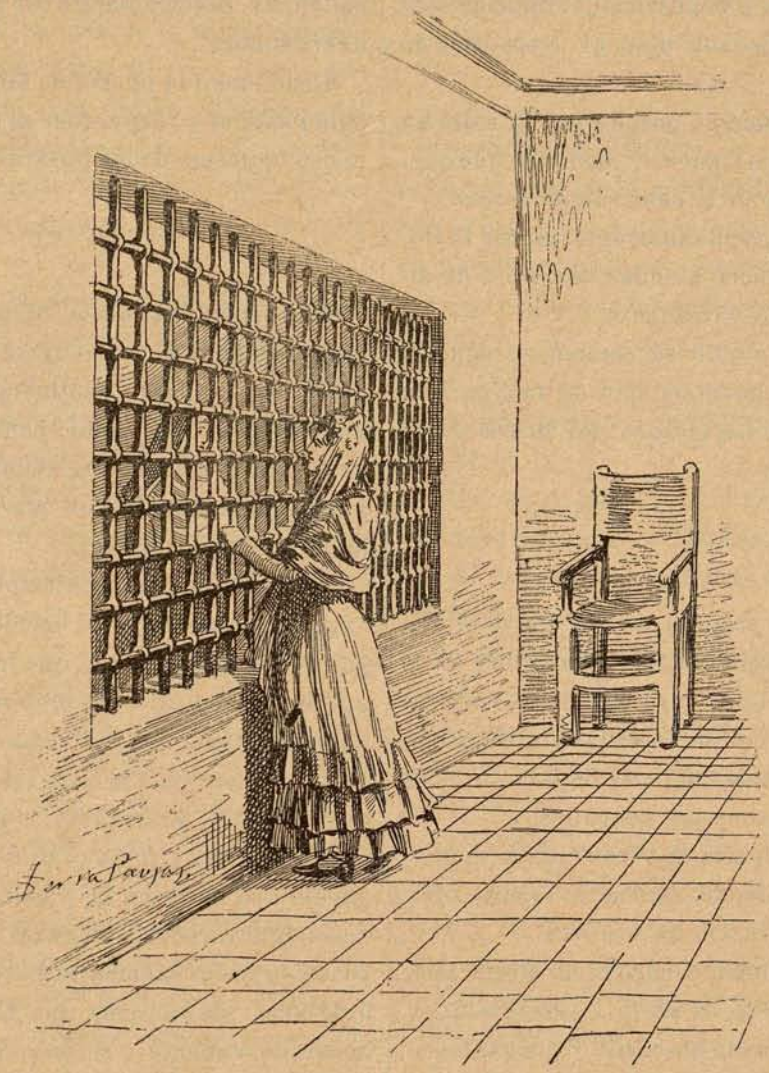
Por último volvió en sí, y exclamó con el acento embargado por el llanto:

—Esta tarde, á las cuatro, estará abierta la puerta del jardín, y allí te esperaré.

—¡Oh madre! ¡Cuánto tardarán en pasar las horas!—respondió Estrella.

IV

A las cuatro en punto empujaba Estrella una puertecilla que daba acceso á la huerta del convento,



—¡Oh madre! ¡Cuánto tardarán en pasar las horas!

entrando por una desierta callejuela formada de una parte por las tapias del jardín y de la otra por algunas casuchas de miserable aspecto.

Junto á la puerta estaba la madre Angeles, abadesa del convento.

Estrella quedó asombrada de tanta hermosura. Sintió que la cogían de una mano, y, después de algunos pasos, se encontraba en un sombrío celador, estrechamente abrazada por la monja.

—¡Madre mía!—decía la niña, mirándola cariñosamente.

—¡Tu madre! ¡Sí: soy tu madre, hija de mi alma, prenda de mis entrañas, Estrella mía!

No cesaban de mirarse una y otra, radiantes de felicidad.

La madre Angeles tendría unos treinta y ocho años. Era alta, blanca, gallarda. Sus ojos negros miraban con sin par dulzura. Parecía su rostro verdaderamente el de una niña candorosa y apacible. La vida del claustro le había prestado cierta redondez de formas, visible en su semblante y en sus blancas manos. La nitidez de su cara era extraordinaria:

parecía labrada en alabastro, con reflejos de rosa en las mejillas.

Largo rato permanecieron juntas madre é hija, hasta que, al ponerse el sol, hubo de retirarse la abadesa.

Acompañó á su hija á la puertecilla, imprimiendo en su frente un apasionado beso al despedirse de ella.

En aquel mismo momento pasaba por la calle un comandante de húsares franceses montado, que quedó absorto al contemplar aquella rápida escena.

Cerróse la puerta precipitadamente, tapóse Estrella con el rebocillo y echó á andar, temerosa de alguna impertinencia del extranjero.

Este, sin embargo, siguió su camino en opuesta dirección, con vivo contentamiento de la niña, que oyó cómo se alejaban las pisadas del brioso overo que montaba el húsar.

V

Tres ó cuatro días pasaron sin que volviese Estrella á la huerta, viendo tan sólo á su madre en el locutorio, hasta que llegó otra vez el ansiado momento de poder estar de nuevo juntas y abrazadas.

Era una calurosa siesta del mes de julio, á cuya hora no discurría un alma por las calles.

Estrella encontró abierta la puertecilla y se dirigió hacia la glorieta donde estaba su madre, olvidándose en su precipitación de cerrarla.

Entregadas á su delirante cariño, no observaron que la entornada puerta se abría discretamente y que penetraba en el jardín un hombre que había salido de una de las casuchas de enfrente, ocultándose entre las ramas de un frondoso nogal, al cual había trepado con sorprendente agilidad.

Muy largo rato, toda la tarde, permaneció en lo alto del árbol el desconocido, llegando hasta sus oídos el susurro de los besos y el eco de las dulces palabras de aquellos felices seres, que no pensaban más que en desquitarse de tantos años de amarguras.

Salieron de su gozoso escondite las dos mujeres, en tanto que el hombre miraba con ojos de fuego á la abadesa, absorto, maravillado, anhelante.

Cerróse la puerta, y la monja se encaminó lentamente al convento, seguida con los ojos por el audaz intruso.

Llegó la noche, y desde la rama en que se apoyaba lanzó el oculto curioso una nudosa cuerda terminada por un garfio á la cercana pared.

Encaramóse por la peligrosa escalera, y al llegar á lo alto recogió la cuerda y la dejó caer hacia la callejuela, descolgándose con igual destreza con que había subido.

Abrió luego la puerta de la pobre casita de donde había salido, y reapareció al poco rato llevando el lujoso uniforme de los húsares de la guardia.

VI

Cada entrevista de la abadesa y Estrella tuvo igual carácter. El comandante parecía haberse constituído en vigilante centinela, y, favorecido por la soledad de la calle, había podido penetrar cada vez en el jardín, ocultándose siempre en el mismo sitio, y mirando cada vez con más profundo embeleso á la hermosa comendadora.

Siete veces habíala contemplado, y cada día había experimentado mayores emociones. Aquel brillante jefe de escuadrón era el que había impedido que siguiese en sus atropellos el destacamento enviado al valle de Covadonga, salvando la vida á Teresa de Salas. Pertenecía á una de las más nobles familias de la Borgoña. Llamábase, como ya sabemos, Octavio de Saligny y tenía el título de marqués de Lagarde. Era un joven de treinta y dos años, de hermosa figura, rubio y elegante. Su nombre era harto conocido en los salones de París, donde se contaban á docenas las víctimas que le adoraban. Habíase mostrado valiente y sereno siempre en los campos de batalla, risueño y arrogante en el peligro, bravo y desdeñoso. Nunca había tomado en serio ninguno de sus amoríos, siendo sus conquistas sobrado fáciles. Era su grande amigo Conrado Walewski, admiraba á Ney y era muy poco entusiasta del emperador, al cual encontraba desprovisto de todo sentimiento generoso y poco noble en sus modales, cosa natural en él, aristócrata de raza hasta la punta de las uñas.

Saligny no había sabido lo que era una pasión hasta que vió á la abadesa.

—*¡J'ai senti le coup de foudre!*—murmuraba, al alejarse á caballo, el primer día que la vió.

En efecto, parecía que un rayo le hubiese herido.

Desde aquel momento cambió totalmente el ga-

llardo comandante: no se le vió reir más, ni lanzar aquellas agudísimas frases que le distinguían, ni bromear, ni cuidarse del escuadrón, que siempre sobresalía entre los otros, ni hacer caso de lo que ocurría, ni atender á lo que prevenían. Pasaba el día sin decir palabra. Iba solo, se le veía á menudo vestido de paisano, cosa inaudita, y se observó que no dejaba de entrar un solo día en la iglesia del convento de las Comendadoras.

—¿Se habrá enamorado de alguna monja?—exclamaban sus camaradas; pero nadie se atrevió á decírselo á la cara.

Y el caso es que el marqués de Lagarde estaba seria y peligrosamente enamorado, loco, rematado, por la abadesa. Digamos también que la abadesa, á pesar de su próxima madurez, era para enamorar á cualquiera, y que era mil veces más hermosa que cuando la conoció D. Juan Osorio. Figuraos á Julieta que no se muere, que se mete á monja y que llega á los lindes de la cuarentena sin haber cambiado su cara de niña.

VII

Queda sentado, pues, que el comandante del primero de húsares de la guardia, Octavio de Saligny, estaba perdidamente enamorado por primera vez en su vida, y que la pasión que lo devoraba no podía en manera alguna, ni por ningún estilo, tener esperanzas ni posibilidad de ser correspondida, por motivos tan diversos como del todo insuperables. La religión y la patria levantaban entre ambos sus infranqueables vallas. Habia que limitarse á morirse de desesperación, lisa y llanamente.

Octavio no tuvo inconveniente en un principio en morirse de desesperación ó en ir á parar á una casa de locos. Si sólo hubiese podido ver á la monja en dos ó tres ocasiones y después se hubiese acabado todo, de seguro que hubiera sucedido así; pero vió, por desgracia suya, á la freila siete veces, encontróla cada vez más interesante, y la pasión que en un principio era tan sólo un amor incontrastable, se convirtió en volcánica, en abrasadora y violenta llama.

Dábase en un principio por bastante satisfecho el marqués con poder ver á la comendadora. No se apartaba de ella su imagen, conocía el dulce timbre de su voz, recordaba una por una las frases que había oído salir de sus labios; pero, por último, sintió deseos de ir más allá, empezó á agotársele la paciencia, y sintió que iba á perder la cabeza y que se acercaba el momento en que, sin ser dueño de sí, ocurriese algún tremebundo suceso.

VIII

La víspera de Santiago el comandante vió por octava vez á la condesa Julia. La monja, incomodada por el calor, se había quitado la toca, y la magnífica y espesa cabellera de ébano caía deshecha en rizadas ondas por los hombros y el torso de la religiosa.

El comandante sintió que se le iba la cabeza y tuvo que agarrarse fuertemente á una rama para no caer.

Tocó el *Angelus* la campana del convento. La abadesa acompañó á Estrella hasta la puerta, y á la par el comandante se deslizó del nogal, llegando en breve al suelo.

La monja volvía, triste y absorta, mirando al suelo.

De pronto levantó los negros y dulces ojos y vió á un hombre que la contemplaba con arrobamiento, al pie del árbol.

La madre Angeles no tuvo fuerzas para gritar ni para dar un paso, aterrada y despavorida por mil causas diversas, hasta caer desvanecida al suelo.

El comandante, arrebatado de pasión, llevóla, perdido de amor, bajo el nogal.

Sin duda era un sueño lo que pasaba.

Estaban solos los dos. Era profundo el silencio, interrumpido sólo por el tañido de la campana. La monja, hermosa como nunca y sin aliento: él, devorado por aquella vehemente pasión, que al fin se desbordaba.

La abadesa volvió en sí al sentir junto á su boca como dos brasas de fuego.

—¡Caballero!—murmuró suplicante y encendido en ira el bello rostro.

Pero, como si estuviese poseído del espíritu infernal, delirante y fuera de sí, el comandante profanó con otros mil abrasadores ósculos su semblante, exclamando:

—¡Amarte ó morir!

La melancólica campana seguía tañendo tristemente.

IX

—¡Ocho veces te he visto con hoy!—murmuraba Saligny.—¡Oh qué voz tan dulce tienes! Todos los días te he oído en el coro, porque te amo, Julia, como nunca haya sido amada otra mujer.

—¡Sacrílego!—exclamó la monja.

—¿Sacrílego? ¡Oh si me bastara serlo para demostrarte que te amo! ¡Pero no ante el sacrilegio, sino ni ante la traición, ni el deshonor, ni la infamia, retrocederá jamás este amor delirante en que me tienes abrasado! ¡Qué dicha la mía si me mandaras que me muriera! ¡Qué gloria tan envidiable la de poder obedecerte, sabiendo que te complacía ver hecho lo que mandabas! Pídemelo todo, todo, menos que deje de verte. ¡Eso no, no me lo pidas, porque no podría ser sino dejando de existir! ¡Oh qué hermosa eres! ¡Digna de ser la esposa de Dios, que no hay hombre que te pueda merecer!

La madre Angeles miró al comandante y vió expresada en sus ojos una pasión sobrehumana.

La monja, desfallecida, se apoyó contra el tronco del árbol y lloró.

El comandante dió dos pasos, apartándose.

—¡Me habéis ofendido cruelmente!—exclamó la abadesa.—¡Dejadme ir, y Dios os perdone!

Octavio exclamó con voz sombría:

—Id; pero sabed que os adoro, sabed que os amo y que eternamente os amaré. ¡Siempre, siempre, siempre!

La comendadora volvió la espalda al comandante y dió algunos pasos hacia el monasterio.

—¡No me abandones tan pronto!—exclamó de súbito Saligny.—¡Deja que, antes de separarnos por una eternidad, pueda mirarme una vez más en esos ojos negros! ¡Déjame que al mirar la blancura de tu rostro me imagine lo que debe ser la blancura de un ángel! ¡Déjame ver tus lágrimas y mirar tu boca! ¡No te vayas aún sin que otra vez me sienta enajenado al oir tu voz! ¡Oh Julia! ¡Maldita sea la hora en que pude nacer francés y maldito el instante en que tomaste el hábito! Bien lo he comprendido. ¿Esa que besas con tanto afán es hija tuya, Julia? ¡No se besa más que á las hijas del modo que la besas tú! ¡Oh qué feliz debió ser el hombre á quien amaste! Pero, basta ya. Quiero que reces en mis funerales. ¡Perdóname, Julia, y, cuando mañana me traigan á tu iglesia, deja caer de tus ojos una lágrima al pensar que yace allí sin vida Octavio de Saligny, marqués de Lagarde, que huye de ti ahora para ir á la muerte!

La madre Angeles, aterrada y sin reparar en lo que hacía, cogió de una mano á Saligny, estrechándola con toda su fuerza.

—¿Decís que vais á la muerte? ¡Dios me valga! No, no os matéis por una pobre mujer como yo, miserable pecadora.

—¿Me decís que no me mate? Pues ¿qué he de hacer? ¿Podréis amarme vos jamás?

—¡Mataros! ¡Qué horror! ¡Oh, no! Por mi culpa murió mi padre, y quizás también el que debía ser mi esposo.

Lagarde, como si hubiera aspirado un soplo de esperanza, repuso:

—Contad con que, si no me mato, será porque habré de volver.

La abadesa, tras de un terrible combate interior, murmuró débilmente:

—Volved.

—¿Cuándo?—repuso el oficial.

—Pasado mañana á media noche, por la puerta del jardín.

La madre Angeles se retiró silenciosamente, y el comandante, como deslumbrado y sin tino, permaneció en el mismo sitio durante largas horas, oyendo resonar continuamente en sus oídos las últimas palabras de la monja.

X

Al día siguiente, festividad de la orden, la abadesa no pudo asistir á los oficios, diciendo encontrarse indispuesta.

Sin embargo, si la hermana asistenta hubiese querido decir lo que había visto, habría podido probar plenamente que la madre abadesa se encontraba en su cabal salud y que tan sólo había experimentado tal afán de llorar que en todo el día no se habían secado sus lágrimas.

La pobre mujer, en efecto, había pasado largas horas arrodillada ante la Dolorosa que tenía en su celda, concluyendo por convertirse en vivo reflejo de la imagen á cuyos pies estaba. Nunca se vió un rostro humano expresar más profunda angustia, ni salir de un pecho más lastimeros sollozos.

Estrella vino á la tarde siguiente y notó al momento la turbación de su madre, preguntándola qué le había ocurrido.

—Nada, hija mía,—contestó la abadesa.—¿No te basta saber que te idolatro?

No insistió la niña; pero le pareció que su madre no se atrevía á acariciarla tanto como las otras veces.

—¿Han observado algo en el convento?—preguntóle Estrella.

—No, niña de mi alma; pero ya verás cómo el otro día que vuelvas me encontrarás más tranquila, —contestó la madre Angeles.

—¡Decidme qué tenéis!—repuso Estrella en tono suplicante.

—Me es imposible referírtelo ahora,—exclamó la desdichada freila;—pero te aseguro que no es nada que deba inspirarte el menor recelo.

—Lo creo, porque vos me lo afirmáis, madre y señora,—respondió Estrella.—Pero decidme también: ¿me queréis mucho, siempre sola, á mi sola?

—¡Oh vida mía! Te quiero con todo, con todo mi corazón, con toda mi alma, sola, sola, sola, después de Dios.

—Gracias, madre mía. Creedme que ahora sí que estoy tranquila.

¡Singular intuición la de aquella niña, leal y cándida, pero fiera y honrada como una verdadera castellana de los tiempos heroicos!

XI

Daban las doce de la noche en el reloj del convento.

Reinaba profunda oscuridad en el cielo y en la tierra. Por las calles, silenciosas y solitarias, no se oía más rumor que el de las patrullas francesas.

Una de ellas, formada de húsares, divisó una sombra en la plaza de las Comendadoras, alumbrada por un moribundo farol de aceite.

—¿Quién vive?—grito un soldado.

—¡Francia!—contestó la sombra.

Cuchichearon entre sí los húsares, y uno de ellos murmuró:

—Es el comandante Saligny.

Era, en efecto, el comandante, que acudía á la cita de la abadesa.

Llegó á la puertecilla del jardín y dió dos golpecitos.

Abrióse la puerta, y el comandante distinguió la blancura de un hábito.

—¡Julia!—murmuró.

—Yo soy,—repuso la freila.—Seguidme.

No fué debajo del nogal á donde le condujo la madre Angeles, sino á un sitio plantado de altos cipreses, entre los cuales, á flor del suelo, se divisaban numerosas cruces.

Era el cementerio del convento.

—Hablad,—murmuró Julia;—los muertos no podrán oirnos.

—Quizás un muerto me oiría mejor que tú para lo que tengo que decirte,—repuso Saligny con voz sombría.

—¿Conque persistís en hablarme de vuestro amor?—repuso la abadesa.

—Ni yo puedo hablarte de otra cosa, ni sé cómo nadie puede hablarte sin decirte lo mismo.

—Soy española y soy religiosa.

—Yo francés y militar, pero te amo.

—Soy esposa de Dios.

—Yo no creo en nada sino en el amor que me devora.

—Mi hija está enlazada con el brigadier Espinosa.

—Muchos encuentros he tenido con él: es un valiente; pero te adoro.

—Yo no puedo amaros ni escucharos; no puedo ni miraros tan sólo.

—Soy hombre y tú mujer.

—¡Desdichados los dos!

—¡Oh! ¡No, no llames desdichado al que experimenta en este momento el más celeste gozo que pudo soñar su fantasía! No hables de desventuras al que puede contemplarte en este lugar, á solas, en la soledad y apartamiento de la noche. ¡Oh qué bien estaría aquí, reposando eternamente á tus pies, con sólo poderte mirar embelesado y rendido de pasión! ¡Oh Julia! ¡Qué dulce es la oscuridad que borra la horrible forma de tus vestidos y sólo deja que contemple su blancura, menos visible que la de tu semblante! Yo daría mil vidas por hacerte sentir un solo latido de los que precipitan mi corazón cuando te miro. Yo quisiera que comprendieses lo que es, no el amor, sino el amarte á ti. Porque te amé en aquel mismo instante en que, como celeste visión,

te contemplé estampando un beso en la frente de tu hija, y desde entonces, sí, te he amado y he dejado de amarlo todo, y para amarte á ti tan solamente he aborrecido la gloria, la patria y la revolución. He despreciado mi honor y me he encontrado, al fin, con el mayor adversario que cabe poder imaginar la mente humana. Te amo con resolución bastante para hacer arder España entera si no me quisiera entregar á la española, y para revolverme contra Dios si te obstinaras en no ser mía para ser fiel á tus votos.

—¡Octavio!—exclamó la madre Angeles.

De pronto lanzaron los dos un indescriptible grito de terror

—¿Has dicho mi nombre?—exclamó Saligny.—¡Oh bien mío! ¡Qué sueño tan dulce! ¡Oh Julia mía! Tus labios han dicho *Octavio*. ¡Sin duda quieres matarme de placer no queriendo que muera de amargura!

XII

Reinó un largo silencio, durante el cual Octavio tenía entre sus manos la blanca diestra de la abadesa.

Un ruiseñor cantaba en la espesura del ramaje. Los cipreses, tomillos y madreselvas embalsamaban con sus olores el ambiente.

Dieron las cuatro y la abadesa sintió un estremecimiento.

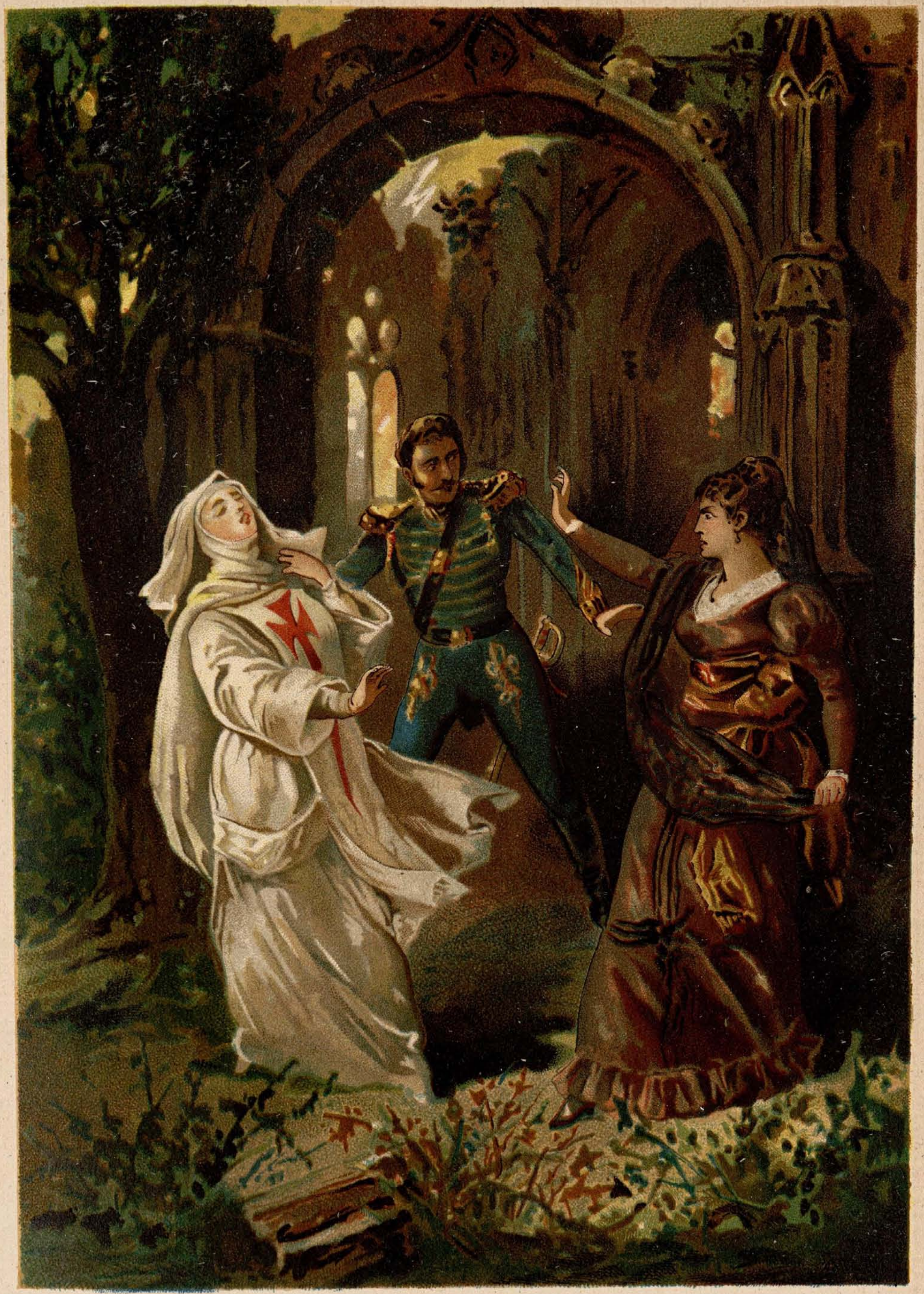
—¡Adiós!—murmuró.

—¡Adiós!—repitió Lagarde.—¿No volveré á verte pronto?

—Dentro tres días.

—Deja que te mire otra vez aún,—repuso.

Miróla con ojos llenos de infinita ternura y se



—¡NO QUERÁIS DESHONRARME LLAMÁNDOME HIJA VUESTRA! ¡JAMÁS HABÉIS SIDO MI MADRE!

BIBLIOTECA REGIONAL JOAQUÍN LEGUINA
Comunidad de Madrid

arrojó á sus pies, besando la orla del blanco hábito de la comendadora.

La abadesa suspiró tristemente, y al poco rato no se divisaba ya su gentil imagen.

El comandante saltó, como otras veces, por las tapias, pareciéndole que lo había soñado todo.

XIII

La desgraciada monja no podía ocultar la tempestad que se agitaba en su pecho.

Al consentir en ver al comandante cometía un sacrilegio y una traición, faltando á Dios y á la patria.

¿Qué importaba que hubiese permanecido muda á las ardientes frases del enemigo de Dios y de su patria, tan sólo si escuchándolas se hacía culpable de tremendos crímenes?

Estrella comprendía que su madre estaba agitada por alguna extraña pasión, pero no se atrevía á sospechar nada.

Las entrevistas de la monja con el joven comandante siguieron todo el verano, siendo notable el cambio sufrido por la abadesa en su carácter, antes resuelto y firme, y ahora vacilante, temeroso y distraído.

La infeliz mujer sufría extraordinariamente, no osando confesarse á sí misma que estaba tan enamorada de Lagarde como Lagarde de ella.

Había podido conocer la pasión sin límites que el francés sentía, su nobleza, su abnegación y el culto absoluto que la profesaba.

Por otra parte no era posible exigir más delicadeza de la que mostraba el comandante, el cual la trataba con un respeto que rayaba en veneración.

La madre Angeles quería á veces hacerse la ilusión de que tales amores podían sin escrúpulo continuar reducidos, como estaban, al más puro idealismo.

XIV

Llegó en esto una noche de octubre, tempestuosa y cálida. Cruzaban de continuo el cielo fúlgidos relámpagos y caían gruesas gotas de lluvia.

Los dos enamorados se refugiaron en una vieja capilla abandonada, de gótica arquitectura, ruinosa y abierta.

La luz de los relámpagos dejaba ver el hermoso rostro de la abadesa, inflamado de pasión.

—¡Oh Julia! ¡Eres bella como un ángel!—exclamó Lagarde.

—¡Bien mío!—murmuró ella, como delirante y sin fuerzas, cayendo en brazos de Octavio.

De pronto lanzaron los dos un indescriptible grito de terror.

En el dintel de la capilla había aparecido una sombra de mujer.

Estrella estaba allí, ante ellos, amenazante, pálida, terrible como la tempestad que se había desatado.

—¡Oh vergüenza!—exclamó con acento vibrante. —¡La abadesa de Santiago convertida en manceba de un francés! ¡Muchas cosas podréis ser, señora, pero no sois mi madre!

—¡Estrella!—prorrumpió con voz desgarradora la pobre mujer.

—No queráis deshonrarme llamándome hija vuestra: jamás habéis sido mi madre. ¡Mi madre era Juana Orrantia, asesinada en Benavente por los húsares de Kellermann!

La monja cayó sin sentido al pie de un ciprés, y Estrella desapareció en la espesura de los árboles, alumbrada por el fulgor de la tormenta.

El comandante permaneció mudo é inmóvil, mirando á Julia desmayada en sus brazos.

CAPÍTULO V

Corte de retirada

1

La tempestad seguía rugiendo.

La madre Angeles no volvía en sí del desmayo. Mientras Octavio la contemplaba con sombría mirada, oíase el estridente chillido de una lechuza que lanzaba su siniestro grito en una de las torres del convento.

La abadesa estaba perdida: Estrella iría, sin duda, á revelar á su marido y á su hermano los amores que había descubierto. Octavio se estremeció al considerar que la pobre mujer iba á ser eternamente objeto de ludribio, y que tal vez su misma existencia correría peligro, amenazada por el fanatismo religioso y popular.

No bastaba un duelo con Espinosa ni otro duelo con Enrique Osorio para salir de aquella situación: no por eso había de quedar limpia la fama de la monja ni segura su vida.

Octavio no vaciló: había tomado una resolución suprema.

—¡Será mía para siempre!—murmuró.—¡Ay del que se atreva á disputármela!

Y, diciendo esto, cogió en sus brazos á la bella desfallecida y, echándola sobre sus hombros, se dirigió á la puertecilla del huerto.

Encontróla cerrada: hizo saltar con una daga la cerradura y salió á la calle.

Resonó el fragoroso estampido de un trueno, volvió en sí la aletargada freila, y al fulgor de un relámpago vió el semblante de Legarde desfigurado, cual si le animara infernal reflejo, y al propio tiempo un caballo negro sujeto á un anillo en la pared frontera.

—¡Octavio!—exclamó horrorizada al verse fuera de las tapias del convento.

—¡Calla! ¡No soy Octavio!—respondió con dureza el comandante.—¡Soy la fatalidad, soy el destino, que me obliga á arrebatarte de tu celda!

—¡Jamás!—prorrumpió rompiendo en desesperados sollozos la pobre mujer.—¡Huir del convento! ¡No, mil veces no! ¡Antes me matarás!

—¡Yo matarte! ¡Yo matarte, alma mía, cuando huyo contigo de la muerte! ¡Oh, no! ¡Vive, vive! ¡Ven!

—¡No! ¡Ten lástima de mí!

—Conmigo te espera el amor eterno, la dicha sin límites: ahí dentro, la deshonra y la infamia. ¡No, no volverás á esa horrible cárcel! ¡Ven, amada mía, á la luz y á la libertad!

—¡Quiero á mi Estrella!

—¡Ha renegado de ti!

—¡Déjame, Octavio, déjame ya, por piedad! ¡Déjame y huye para siempre de mi lado!

—¿Me aborreces?

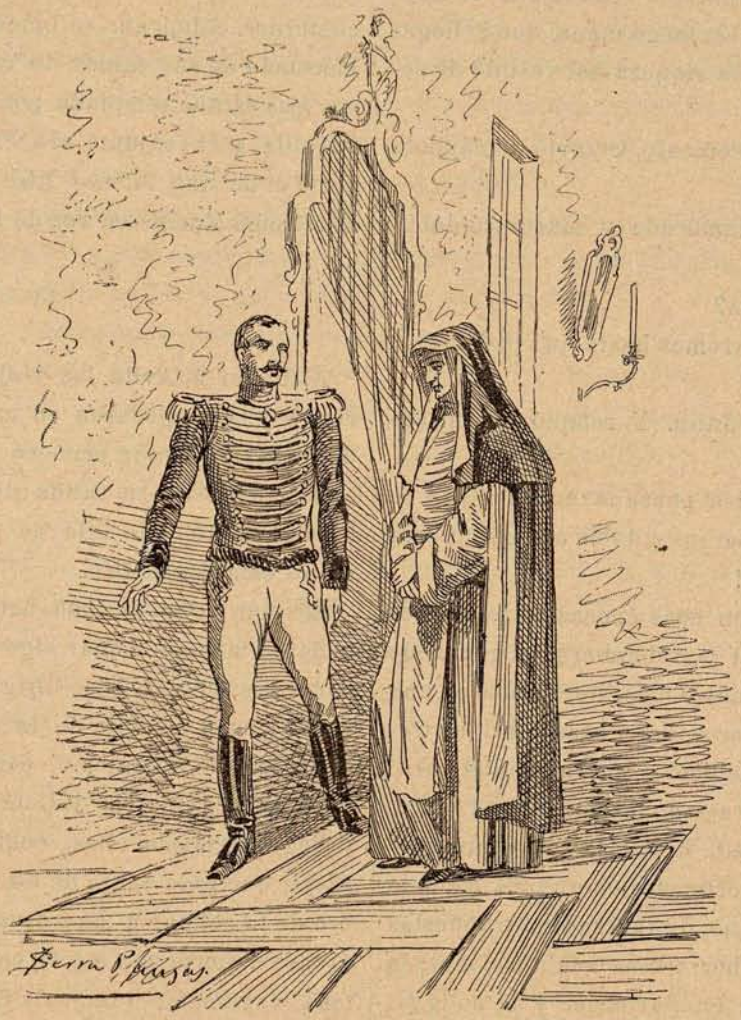
—¡Horror! ¡No! ¡Te adoro, te adoro con toda mi alma, pero abandóname!

—¡Imposible! El tiempo urge: pueden vernos. ¡Sígueme, sígueme, por piedad!

—¡No!

—Basta ya, pues. ¡Serás mía á la fuerza!

El comandante levantó á Julia cual si fuera una débil pluma y la puso sobre su caballo, subió él en seguida de un salto, envolvió á su compañera en su capa blanca y espoleó al animal, que partió como una exhalación.



—¡Yo te haré duquesa, princesa, lo que tú quieras! ¡Un reino, si lo ambicionas!

II

El comandante se detuvo ante un viejo palacio de la calle de la Merced, penetró en un ancho portalón, bajó del caballo, y, cogiendo por la cintura á la robada monja, la condujo á un suntuoso aposento.

La desdichada freila semejaba una aparición.

—Aguárdame un instante tan sólo,—le dijo Octavio,—y pronto verás cómo luce resplandeciente para nosotros el sol de la felicidad.

La condesa quedó sola, abstraída é inmóvil como una estatua.

Al poco rato volvió Lagarde, en el mismo instante que se oía el ruido de un coche.

—Despójate ya de esos hábitos,—le dijo.—En ese otro cuarto encontrarás un traje que ponerte.

La abadesa pareció no haber comprendido.

—¡Julia!—exclamó Octavio.—Consiente en revestir el traje que debes llevar de hoy en adelante. Arroja ese horrible disfraz con que hasta ahora has disimulado la hermosura que Dios te concedió. ¡Julia, te lo ruego!

—¡Dejar mi hábito! ¡Dejar la noble cruz que en él se ostenta!

—¡Yo te llenaré de bandas y de estrellas cuajadas de brillantes! ¡Yo te haré duquesa, princesa, lo que tu quieras! ¡Un reino, si lo ambicionas!

—¡Ay de mí!—exclamó la madre Angela.—¡He de apurar hasta las heces este cáliz de amargura!

La monja se retiró á un aposento contiguo, y al cabo de algún tiempo apareció vestida con el traje de señora de la época. Un largo manto que le llegaba á los pies encubría la riqueza del vestido de seda roja.

—Vamos,—dijo dulcemente Octavio tomándola de una mano.

Bajó la cabeza la enamorada y murmuró débilmente:

—¿A dónde me llevas?

—A Madrid. Allí estaremos hasta que podamos ir á Francia.

—Vamos,—exclamó Julia. Y rompió en mísero llanto.

La desgraciada madre pensaba en su hija y se veía separada de ella por insondable abismo. ¡Corta había sido su felicidad!

No parece sino que en esas épocas de trastornos y desdichas se desatan por doquiera los genios de la fatalidad, desquiciándolo todo. Fué menester una guerra sangrienta y feroz para ocasionar las tremendas catástrofes que hemos narrado en el curso de este relato. Cual el rayo en las atmósferas sobrecargadas de electricidad, brotan las desventuras y los más inconcebibles crímenes en un país azotado por la guerra. El choque de fuerzas contrapuestas y frenéticas engendra horrorosas combinaciones; la enemistad se convierte en barbarie, y si no lo alcanza, si se desvía el choque, produce nefandos consorcios y aborrecibles mezcolanzas. Entre españoles y franceses sólo podía mediar ó la guerra sin cuartel ó la infamante amorosa correspondencia. Nada tiene, pues, de extraño que en tales circunstancias se presentasen á veces situaciones como las que hemos referido anteriormente en el curso de nuestro relato.

III

A la madrugada, y con el mayor misterio, salía por la puerta de Santo Tomás una silla de posta en la que iban el marqués de Lagarde y la condesa Julia de Montespino.

La fugitiva estaba desconocida con su nuevo traje, que hacía resaltar soberanamente los hechizos de su rostro. Aunque frisaba en los treinta y ocho años, no pareciera haber llegado á los veinticinco sin el desarrollo completo de su adorable cuerpo. Su semblante de niña contrastaba con el desenvolvimiento de sus formas y la ligera redondez de sus contornos. Admiraba su blancura de alabastro y la inocencia de sus labios de carmín. La negrura de sus ojos estaba templada por la suave curva de la barbilla, y el conjunto era extraño é indescifrable como el de una *Monna Lisa* que hubiera trazado Bartolomé Murillo en vez de Leonardo de Vinci.

IV

Al llegar á Avila los viajeros, bajaron del carruaje y se hospedaron en una posada de la plaza de Santiago. Era la primera vez que ponían el pie en tierra desde su salida de Salamanca, pues no habían salido de la silla de posta durante ninguno de los cambios de tiro.

Era una noche de luna, hermosamente serena. No hicieron más que tomar algo en el mesón para reparar sus fuerzas, y se dirigieron luego á dar una vuelta por el circuito de la ciudad. Sentáronse en el paseo de San Antonio, contemplando desde allí las graníticas sierras de Cebreros y San Bartolomé, y llegando hasta ellos, confuso, el rumor del río Alaja, que pasa cerca de los muros. Desde la cumbre de la colina en que se asienta la ciudad divisábase al norte una estéril campiña, triste y monótona, vagamente iluminada con un matiz verdoso.

—Cuando te veas en la feraz Borgoña,—exclamó Lagarde,—sentirás todo lo contrario que aquí experimenta el ánimo. Verás qué fértiles llanuras, cubiertas de alegres viñedos; verás qué castillo tengo en medio de un mar de frondosas cepas; verás qué dulce es el cielo y cuán suave el aire.

—¡Borgoña!—respondió Julia.

—Sí: allí serás tú la primera. Cuando vean á una española, mis vasallos creerán que han vuelto otra vez los tiempos en que sus duques tenían bajo su planta al rey de Francia. Tú faltabas allí para orgullo del borgoñón, y nada tendrás que envidiar á las bellezas que abrillantan la corte del emperador.

—¡Cómo puedo yo esperar jamás dicha ni respeto

en el mundo!—exclamó Julia con voz doliente.—Todo lo he perdido: honor, virtud, nombre, y hasta mi hija adorada. ¡Soy una réproba! ¡Sobre mí ha caído el anatema y el desprecio de Dios y de los hombres! ¿Soy acaso otra cosa más que tu manceba? No puedo ser tu esposa, y toda mi vida habré de pasarla entre el remordimiento y la desesperación.

—¡Desdichado del que se hubiese atrevido á proferir lo que tú has dicho!—exclamó impetuosamente Octavio.—¡Tan honrada eres tú como la más pura de todas las mujeres juntas de la tierra! ¿Has sido tú, por ventura, quien haabandonado á tu hija? ¿No renegó ella de su madre, sin saber si era inocente ó si te había yo violentado? ¿No he sido yo quien te ha robado del convento? ¿No he sido yo quien á la fuerza te ha arrancado una frase de amor, que tal vez has pronunciado más bien movida á misericordia que avasallada por la pasión? De nada eres tú culpable, porque yo soy el autor de todo; pero si mil veces debiera hacer lo que he hecho para poder arrebatarte una palabra de cariño, mil veces lo hiciera. Soy francés y tú española; pero no ha de faltar día en que se borren estas diferencias, y no tardará de fijo. Entonces seremos hijos de dos naciones amigas, y habrá de desaparecer el odio que tu patria siente contra Napoleón. Y no digas que eres mi manceba, siendo yo tu esclavo, porque no es ser manceba mía haber recibido en tus labios un beso que se escapó de mi boca en un momento de ceguedad. Serás mi esposa querida al llegar á Francia, que quien casó á Napoleón con María Luisa, siendo el marido de Josefina Beauharnais, casará al marqués de Lagarde. Y, aunque tú no aceptes, ¿qué me importa? ¿Acaso no he de amarte eternamente lo mismo? ¿Acaso las frías palabras de un sacerdote y las ceremonias dentro de una iglesia serán más fuertes para sujetar mi corazón que el férreo yugo de la pasión incontrastable que me sujeta á tu ser? Basta mi honor para tu seguridad, y te empeño mi palabra de ser tuyo hasta morir.

V

El cielo estaba revestido en toda la inmensidad de su extensión de blancas y graciosas nubecillas que formaban como un artesonado, á cuyo través se divisaba la discreta claridad de la amante de Endimión.

No se movía una hoja del sauce bajo el que descansaban los enamorados, entre cuyas ramas cantaba el ruiseñor.

—¿Me has jurado amor eterno?—dijo de pronto Julia.

—Una y mil veces. Sí: te juro que soy tuyo, que lo seré eternamente, y que van en ello empeñados mi honor y mi conciencia. Si jamás tienes motivo para dudar de mí, al punto habré de pagar con la vida la infamia cometida.

Julia bajó la cabeza, y los dos se encaminaron á la ciudad.

—¿Qué tienes, vida mía?—preguntóle el gallardo militar notando los suspiros de Julia, á la cual llevaba del brazo.

—¡Nada!

—¡Oh, no! Estás triste. ¿En qué pensabas?

—¡Ay de mí! ¿Cómo quieres que pueda olvidar jamás á mi Estrella?

—¡Estrella! ¿Hablas acaso de la esposa de no sé qué jefe enemigo? Jamás podré consentir en que quieras á la hija de otro que de mí. ¡Oh Julia! ¡Yo te quiero para mí solo, sin recuerdos que me punzen ni imágenes que me ofusquen!

—¡Soy su madre, Octavio! ¡Nació de mis entrañas! ¡Es mi hija!

—Lo era, Julia. Ella te despreció por la causa que defiende su marido.

—¡Esta causa es España! ¡Es la patria!

—¡No debes tener más patria que mi amor ni sentir otra pasión que por tu Octavio! ¿Acaso no vine yo con los ejércitos de Francia? Y ¿qué me importan á mí, ahora, ni Francia ni el emperador, si sólo soy tuyo?

—¡Cuántas traiciones! ¡He vendido á mi Dios!

—¡Calla, Julia!

—¡He renegado de mi patria!

—¡Calla, te lo suplico!

—¡He perdido á mi hija!

—¡Basta, bien mío: serénate! ¿Qué corazón más bondadoso que el tuyo?

—¡Todos me mirarán con horror!

—¡Julia!

—¡Oh! ¡Cuán desgraciada soy!

—¡Julia mía, me estás matando de pena!

—¡Envuélveme el deshonor y me rodean abismos de infamia!

—¡Me vas á volver loco!

—¡Soy una mujer perdida!

—¡Una santa!

—¡Ay de mí! ¿Por qué no me quitáis la vida, Dios mío?

—¡Julia! ¿Qué arrebato de desesperación te asalta? ¡Oh mi bien, vuelve en ti! ¡Mírame!

—¡Octavio! ¡Cuán dichosa sería yo si viniera ahora la muerte á sorprenderme!

—¡Amor mío!

—¡Octavio!

—¡Amor mío! ¡Vuelve en ti, mírame á mí, que te idolatro!

—¡Infeliz de mí!

Julia cayó desvanecida en brazos de Lagarde.

VI

El comandante había perdido la paciencia y estaba agitadísimo.

La condesa sintió otra vez en sus labios aquel abrasador aliento que había profanado su rostro la primera tarde que vió á Octavio.

También volvió en sí esta vez; pero el comandante no apareció suplicante, sino altanero y osado.

Julia se arrodilló á sus pies, llena de terror, exclamando:

—¡Octavio! ¡Compadécete de mí, de esa débil mujer!

—¡No! ¡Ya estoy harto de sufrir!—repuso el joven.

—¡De hoy más, mi pasión y mi amor serán los únicos dueños de tu vida! No se dirá que la condesa Julia de Montespino no pertenezca en cuerpo y alma á Octavio de Saligny. ¡Ya que no pueda vencer tus remordimientos con los esfuerzos de mi razón, lléveselo todo el crimen y rómpase cuanto se oponga á mis deseos, como se rompe ese lirio bajo mis plantas!

La Naturaleza, indiferente y glacial, seguía luciendo sus encantos. La luna apareció entre doradas nubes y mostróse revestida de celeste azul la estrellada bóveda.

El lirio de que había hablado el comandante yacía en tierra, tronchado.

VII

Los dos amantes regresaron á Avila blandamente enlazados del brazo.

Al amanecer siguieron hacia Madrid, y al llegar á la afrancesada corte cualquiera hubiera dicho que el comandante marqués de Lagarde era el hombre más adorado de la cristiandad, según las continuas caricias que le prodigaba una hermosa señora que le acompañaba que tenía cara de niña y ostentaba el más lozano talle que es dado concebir á los amantes de las bellezas *potelées*, ó, en español, regordetas.

¡Fragilidad, tu nombre es mujer!

CAPITULO VI

Entre amigos

I

Dejemos instalada en una quinta de Carabanchel á la amartelada pareja y veamos lo que pasaba muy lejos de allí, en Salvatierra de Extremadura, á donde llegó Carrera el 5 de agosto. Allí encontró á Ballesteros, y al propio tiempo compareció La Romana, procedente de Campomayor y Badajoz, tomando el mando del ejército.

Recordará el lector que, después de la caída de Ciudad Rodrigo, Espinosa había conseguido evadirse del recinto con su ayudante Belmonte, pensando incorporarse á las tropas de D. Martín de la Carrera, unidas á las de Wellington; pero que, al ir á atravesar el Coa, vió con sorpresa que lo repasaba la fuerza española mandada por dicho general español.

Explicóle D. Martín cómo había resuelto separarse de los aliados á causa de su censurable comportamiento, ya que se habían negado á socorrer la plaza cuando ningún inconveniente había mediado para hacerlo, dependiendo tan sólo de egoísmo del inglés. Indignóse Espinosa con los pormenores que le dió Carrera, y siguió con él á reunirse con el marqués de La Romana, el cual, como hemos dicho, se había presentado aquel mismo día 5 en Salvatierra.

Sorprendido quedó Espinosa al ver el efectivo del ejército allí acampado, que constaba, en efecto, de 20,000 infantes, si bien carecía casi por completo de caballería, pues sólo había 1,000 plazas montadas, grave inconveniente en un país llano y despejado como aquél.

Estaban con La Romana, Mendizábal, D. Carlos O'Donnell, Contreras y Ballesteros, mientras los franceses tenían para hacerles frente los cuerpos de Mortier y Regnier, que sostenían frecuentes escaramuzas con los nuestros y se habían visto rechazados en sus tentativas para apoderarse de Badajoz.

Excusado será decir que Espinosa fué recibido con las más cariñosas muestras de afecto por el marqués, que le recordó el tiempo que habían permanecido en Dinamarca y las célebres *romerías* cuando la persecución de Soult.

—Mucho me alegro de teneros en este ejército,—añadió La Romana;—pero no sé si sabréis que tengo á vuestro amigo Méndez de segundo jefe del regimiento de caballería del Rey.

Infinita fué la alegría que causó á Espinosa recibir tan grata nueva, y, despidiéndose del general, corrió en seguida en busca de su hermano del alma.

II

No podría nuestra pluma describir la conmovedora escena que medió entre los dos amigos al encon-

trarse después de tan larga separación. Interminable fué la conversación que trabaron, dándose cuenta de todo lo que les había ocurrido y felicitándose de verse sanos y salvos tras de tantos peligros. Hablaron de Garroyo, que seguía en Aragón, ilustrándose en los brillantes combates que allí sostenían los guerrilleros. El intrépido comandante había entrado en Teruel con Villacampa, cumpliéndose así la promesa del desquite del Tremedal, y había copado una columna francesa procedente de Daroca, con cuatro piezas de campaña.

—¿Y Antonio? ¿Has tenido acaso noticias suyas? —preguntó Espinosa con cierto embarazo.—Quiérole siempre como á uno de los nuestros, y estoy seguro que se sentirá aún más agraviado que yo de la conducta de aquella infeliz señora.

—Sí: he sabido con frecuencia noticias de Albenza, por estar constantemente en comunicación Cádiz y Tarragona. Las cosas del Principado ofrecen buen aspecto, como no podía menos de suceder empezando con tan felices jornadas como las del Bruch. A pesar de la rendición de Gerona, nada han adelantado los franceses. Los somatenes y las partidas de migueletes recorren en todos sentidos el territorio y tienen literalmente bloqueados á los franceses en las plazas que éstos ocupan. En virtud de la brutal orden dada por Augereau, mandando ahorcar en patíbulos plantados por los caminos á los guerrilleros cogidos con las armas en la mano, la lucha ha adquirido un carácter terrible. El intrépido Manso ha demostrado estar á la altura de los mejores generales de que puede España envanecerse y ha tomado sangrientos desquites de las atrocidades cometidas por nuestros enemigos. Tres batallones que salieron de Barcelona fueron sorprendidos y acuchillados por el bravo guerrillero del Llobregat.

—¿Has sabido nada de Miranda? Mis últimas noticias eran de que estaba en Viena.

—Sí: allí estuvo metido en el complot de Staaps contra la vida de Napoleón; pero, afectado con el fusilamiento de aquel infeliz amigo suyo, prometió renunciar á sus planes revolucionarios y venir á pelear en las guerrillas. Actualmente está sirviendo con Villalobos, ocasionando más de un disgusto á Sebastiani.

—¡Aborrecido general es el que has nombrado, digno émulo de las hazañas de Soult!

—Más de lo que te figuras, pues no creo tengas noticias de sus fechorías de Murcia.

—No, en verdad.

—Entró, pues, Sebastiani en aquella rica y populosa capital prometiendo que respetaría las propiedades y las personas; pero al día siguiente, so pretexto de que no se le hubiese recibido con repique de campanas y de que el cabildo no hubiese salido á cumplimentarle, como el de Granada, cuando fué á visitar la Catedral, impuso al vecindario una multa de 100,000 duros. Y respecto al cabildo, después de haber hecho interrumpir los divinos oficios y de llevarse preso á un canónigo en traje de coro, ordeñó que en el término de dos horas se le entregasen todos los fondos de la iglesia. Suplicósele, en su vista, que prorrogase, cuando menos, cuatro horas aquel plazo; pero él, con desdeñosa altanería, repuso: «—Un conquistador no revoca lo que una vez manda.» No satisfechos con esto, saquearon los franceses los conventos y establecimientos públicos, y, cual si no les hubiese llevado allí más objeto que su rapacidad, evacuaron la capital y su provincia luego que las hubieron suficientemente esquilmado.

—Y, á todo esto, ¿qué se sabía en Cádiz respecto á nuestro muy amado rey el señor D. Fernando VII?

—Estupendas noticias, por cierto. Parece que *el Deseado* y sus hermanos estan haciendo en Valencey una vida poco variada: sólo algún sarao ó tal cual entretenimiento que les proporciona la mujer de Talleyrand. Salen raras veces de palacio, y casi siempre en coche, sin leer jamás, por parecerles peligrosos, los libros que en la biblioteca existen. En lo que sí se ocupan es en algunas obras de mano, especialmente las de tornero, en las que dicen sobresale el infante D. Antonio, así como despunta en las de encuadernador no sé qué otro de la familia. Escoiquiz y el duque de San Carlos fueron separados del lado de Fernando, quedando de caballerizo Amezaga. Estando así las cosas, presentóse al gabinete inglés cierto barón de Kolly, conocido por haber desempeñado ya ciertas comisiones de espionaje secreto, con un plan para sacar á nuestro buen Fernando de Valencey y trasladarle á un puerto de España.

—¡Atrevida idea!

—Sí, por cierto. Aprobada la proposición por el rey de Inglaterra, diéronse al barón documentos y papeles que acreditaran su persona y le granjeasen

desde luego la confianza del interesante preso, llevando, entre otros autógrafos, una carta original de Carlos IV, escrita en latín al monarca británico cuando Fernando casó en segundas nupcias con la princesa María Antonia de Nápoles, y dos originales del propio rey para el augusto huésped de Valencey. Proveyósele asimismo de pasaportes, itinerarios, estampillas y sellos. Debía esperarles en Quiberon, á él y al adorable príncipe, una escuadrilla con víveres para cinco meses; y con esto, y bien provisto de letras de cambio y diamantes, salió para dar feliz cima y remate á la aventura, cuando,

... saquearon... los conventos y establecimientos públicos...

á los pocos días de haber llegado á París, descubriósele la trama por el mismo secretario del barón, que fué á denunciar á Fouché al audaz comisionado, siendo éste encerrado en Vincennes.

—¡Lástima grande!

—Ocurrióse entonces á Fouché que aquella sería una buena ocasión para sondear el ánimo del prisionero, y propuso á Kolly que siguiese representando su papel, prometiéndole, en cambio, la libertad y cuanto fuese menester para asegurar la suerte de sus hijos; pero negóse noblemente Kolly á tal iniquidad, prefiriendo los calabozos de Vincennes á cometer tan negra traición.

—¡Digno comportamiento!

—Entonces la policía francesa, impaciente por hacer algo, alquiló á un tahur llamado Ricard para que, fingiendo ser el propio Kolly, y provisto de los papeles arrebatados al desgraciado barón, se intro-

dujese en el palacio de Valencey disfrazado de buhonero. Hízolo así el bellaco, y á primeros de abril se vió con Amezaga; mas, apenas se enteró Fernando de la proposición, faltóle tiempo para denunciarlo todo al gobernador Berthemy, á quien escribió, entre otras cosas, lo siguiente: «Lo que ahora ocupa mi atención es un objeto del mayor interés. Mi mayor deseo es ser hijo adoptivo de S. M. el emperador, nuestro soberano. Yo me creo merecedor de esta adopción, que verdaderamente haría la felicidad de mi vida, tanto por mi amor y afecto á la sagrada persona de S. M. como por mi sumisión y entera obediencia á sus intenciones y deseos.»

—¿Esto escribió Fernando VII?

—Publicado en el *Monitor* del 26 de abril.

—¡Y mientras lo escribía nosotros estábamos defendiendo Astorga!

—Nada tiene de particular: Fernando no piensa más que en congraciarse con Bonaparte. ¿Ignoras las fiestas y saraos que dió en Valencey con ocasión de las nuevas bodas del emperador?

—Pero ¿qué dijo Fernando al ver sus cartas en el periódico oficial? ¿No se sintió acaso avergonzado y se apresuró á protestar de su autenticidad?

III

Méndez llamó á su asistente, que al cabo de un rato compareció con una maleta. Abrióla, sacó un *Monitor* fecha 3 de mayo de 1810, y lo entregó á Espinosa, diciendo:

—Lee. Llegaron á Cádiz una porción de ejemplares y pude procurarme uno.

Espinosa desdobló el periódico y leyó con asombro lo siguiente: «Señor: Las cartas publicadas en el *Monitor* han dado á conocer al mundo entero los sentimientos de perfecto amor de que estoy penetrado á favor de V. M. I. y R., y al propio tiempo mi deseo de ser vuestro hijo adoptivo. Permitid, pues, señor, que deposite en vuestro seno los pensamientos de un corazón que, no vacilo en decirlo, es digno de perteneceros por los lazos de la adopción. Que V. M. I. y R. se digne unir mi destino al de una princesa francesa de su elección y cumplirá el más ardiente de mis votos. Con esta misión, además de mi ventura personal, logrará la dulce certidumbre de que Europa se convencerá de mi inalterable respeto á la voluntad de V. M. I. y R. y que V. M. se digna pagar con algún retorno tan sinceros sentimientos.»

Cayósele el papel de las manos al bizarro brigadier español y exclamó tristemente:

—¡Es posible! ¡Rompamos ese papel, Méndez, para que el pueblo no se entere de tanta vergüenza!

—Por mí que se entere hasta el último de los pordioseros. Jamás me ha movido á empuñar las armas la causa de Fernando, sino la independencia de la nación. Además, en Cádiz se ha hablado ya públicamente de este negocio.

—¿Cómo?

—El consejero Torremúzquiz denunció esta correspondencia al Consejo de España é Indias, añadiendo que el emperador tenía decretado el enlace de Fernando con Zenaida, la hija de Pepe Botellas, declarándole en su virtud príncipe de Asturias con derecho á la corona de España, aun cuando José tuviera algún varón; á condición, empero, de que no se llamaría Fernando de Borbón, sino Fernando Napoleón, por haberle Bonaparte declarado hijo suyo adoptivo.

—Y ¿qué acordó el Consejo en tan vergonzoso asunto?

—Lo primero dar orden para que no saliera ningún barco para América, al objeto de que no se esparcieran por allí semejantes noticias; y, ensegundo lugar, lo más extraordinario, inaudito, sobrenatural, fenomenal y peregrino que jamás puedas imaginar en tus días.

—¿Qué?

—El Consejo, el sabio Consejo, el retrógrado Consejo, aquel Consejo que opinó que no estaba la Magdalena para tafetanes, ha entendido ahora que la única manera posible de deshacer lo que llaman artificios de Napoleón es la *pronta celebración de Cortes*, y que se realice *luego, luego* esta grande obra, como medio el más prudente y *acaso el único que puede salvarnos.*

—¡Extrañísima salida! Pero, en fin, hágase el milagro.

—Te cito textualmente la *Consulta* del Consejo á la Regencia: «Las Cortes para *luego, luego, luego, luego.*» Y van cuatro, uno más que en la carta en que se avisaba á Carlos IV del complot de su hijo en el Escorial. Y por último: «*Urgen, señor, las Cortes.*»

—Después de esto nada me extraña.

—¿Conque no te extraña nada? ¿Ni que el Consejo pida la libertad de imprenta como un medio conveniente á la defensa y felicidad de la nación?

—Pues, amigo, noticias son esas que en cualquier tiempo me hubieran hecho creer que estaba soñando. Y ¿qué ha resuelto la Regencia?

—¿Qué ha de haber resuelto? Las Cortes están convocadas para este mes.

Espinosa quedó viendo visiones.

CAPÍTULO VII

De princesa «in partibus» á tenienta honoraria

I

La guerra que hacía el ejército de Extremadura era prudente y acomodada á las circunstancias, si bien todos se quejaban de la indolencia y dejadez del marqués de La Romana, debiéndose antes al valor y buen sentido de los divisionarios que á ningún acertado plan del general en jefe el feliz éxito de las operaciones. D. Carlos O'Donnell y el después tan tristemente célebre conde de España lograron gloriosos triunfos, siendo digna de recordación la victoria alcanzada por el segundo en la celebérrima *Puente de Mantible*.

Trabóse después una acción el 11 de agosto, y á poco no envuelven los franceses á nuestro ejército, salvado en aquella ocasión, como en tantas otras, por el intrépido Carrera, con el concurso de la caballería.

Allí se distinguió soberanamente Méndez, teniente coronel de caballería del Rey, dando brillantes cargas, con las que se alcanzó que las tropas pudieran replegarse en buen orden. Así pasó un mes, librándose un nuevo combate el 15 de setiembre, en Fuente de Cantos, no menos adverso á nuestras armas.

Los franceses tenían oculta parte de su gente casi á espaldas de los nuestros, y, cargando de improviso, introdujeron el desorden y se apoderaron de algunos cañones.

Espinosa había mandado á su ayudante trasmitir una orden que quizás hubiera sido causa de que cambiara la suerte de la batalla, cuando de improviso salieron contra él varios jinetes emboscados en nuestra retaguardia y lo hicieron prisionero después de una lucha desesperada.

Luis Belmonte fué tratado cortesmente por los enemigos y enviado al depósito, con harto desconsuelo de Espinosa, que lo quería con paternal cariño.

El marqués de La Romana, después de haber sufrido dos reveses en el espacio de un mes, salió para Lisboa, juntándose en octubre con el ejército inglés; determinación que tomó sin anuencia del Gobierno, que de seguro no hubiera accedido á tal resolución, pues faltaban tropas para cubrir la Extremadura española é impedir que los franceses se corriesen hasta la provincia de Alentejo, y sobraban, en cambio, soldados en Torres-Vedras.

En ausencia de Romana quedó encargado del mando D. Gabriel Mendizábal. El marqués, antes de marchar, había puesto á Badajoz como si estuviera amenazado de sitio, mandando que la Junta y las autoridades se retirasen á Valencia de Alcántara.

Espinosa no quiso seguir al general y quedó al frente de una brigada correspondiente á la división de D. Martín de la Carrera, y Méndez fué adscrito

á las órdenes de D. Carlos O'Donnell, á cuya división pertenecía su regimiento.

II

Luis Belmonte seguía tristemente su camino hacia Ciudad Rodrigo, donde estaba establecido el depósito de prisioneros. Con honda tristeza repasaba el país que había atravesado con las tropas de D. Martín, pero sorprendióle la nueva orden de que los prisioneros fuesen trasladados á Coimbra, hacia donde fué dirigido efectivamente.

Todo el territorio por donde pasaban estaba des-

batían á muerte á Napoleón, Mil insensatos proyec-

tos forjaba mi fantasía para el día de la victoria, y ya me imaginaba entrar en París y arrancarte de tu palacio para entregarte á los ultrajes de mis soldados, ya se me antojaba que venía á quejarme de tu injusticia y á ofrecerte cuantos laureles había conquistado. Pero todo ha dado ya fin desde que por mi dicha ó desventura me dices que me amas. Ya desde hoy en adelante no me moverá á luchar tu recuerdo amargo ni el ansia de que llegue hasta ti mi nombre: tuyo seré para siempre; pero, antes que de ti, de mi patria. Vámonos: seremos los dos felices inmensamente. Serás mía y olvidaremos esos tristes años. Sólo temo que conmigo no eches de menos el lujo á que estás acostumbrada.

Encarnación se arrancó con violencia los pendientes, las sortijas y las joyas que llevaba y las arrojó á la hoguera, donde se trocaron en blanquecina ceniza.

Luis la abrazó estrechamente y repuso:

—¡Oh! Gracias. Esos diamantes me hacían sufrir horriblemente. ¿Tienes el salvoconducto?

—Sí: aquí está.

—Bien: retrocederemos hasta ir á reunirnos con los nuestros.

—¡Oh, no! ¡Allí estará Méndez! ¿Qué diría si te viese conmigo?

—Es noble y generoso; pero, si te causa eso alguna pena, no será menester ir tan lejos. Yo sé dónde hay una posición inexpugnable que pocos se figuran: Massena mismo no tiene noticia de ello. Dos millones de hombres no conseguirían penetrar allí. ¡Vamos, bien mío, á donde jamás podrá poner el pie el ejército francés! Vamos á Lisboa, y allí estaremos seguros y ocultos á las miradas de todos.

—Y ¿me querrás mucho, siempre, siempre á mí, á tu pobre mesonera que te idolatra?

—¡Oh! ¡Sí, bien mío! ¡Cómo pasarán los días y los años á tu lado! ¡Ah! ¡Si me parece que deliro pudiendo estrecharte contra mi corazón! ¡Oh Encarnación mía! ¡Cuántos afanes no han sido menester para que me amaras!

—Sentí que te amaba locamente cuando te vi entrar prisionero, y, ya te lo dije, entonces me pareció que siempre te había amado, que siempre se había abrasado mi corazón en el fuego de este amor. Ningún recuerdo me queda de cuanto he hecho ni he visto en este año fatal. Yo he sido, sin duda, una criatura que ha cometido todos los crímenes; yo he sido lo más despreciable que pueda llegar á ser una mujer: mil veces más infame que la más miserable meretriz, un ser que ha llevado consigo la desgracia y el deshonor; pero en nada pienso ya: tu amor me ha salvado, Luis mío. Yo seré buena, yo pasaré mi vida remediando todo el mal que he causado. Llévame á Méndez y que me escupa y me pisotee, y yo besaré el polvo de sus pies, regaré con mis lágrimas sus manos y me arrastraré á sus plantas hasta que me perdone. ¡Ay, mísera! Pero después, cuando todos me hayan prometido que me olvidarán, seré feliz siendo tuya. ¡Luis, Luis, tómame por piedad, tómame por tu esclava, pero que yo vea siquiera una mirada compasiva y un gesto de perdón!

—Nada de eso harás, vida mía: vale tanto Belmonte como un rey. Eres mía. ¡Ay del que se atreva á mirarte sin el más profundo respeto!

IX

La tempestad había cesado y la noche aparecía serena y resplandeciente. Por fin, al asomar los primeros albores de la mañana, bajaron los dos amantes la empinada cuesta por donde habían subido la tarde anterior, y, embarcándose en una lancha, se entregaron á la corriente del Mondego y no tardaron en verse en el Océano. Desde allí se dirigieron hacia el sur y llegaron á Lisboa al siguiente día.

Extrañe quien quiera el afecto de Luis hacia Encarnación y la súbita explosión del cariño de la leonesa. No es nuestra misión explicar los misteriosos secretos del sentimiento humano: sólo debemos decir que hemos narrado hechos ciertos; sólo diremos que dará muestras de muy inocente quien se extrañe de las extrañezas del alma, y el caso que acabamos de relatar, y cuantos hemos referido anteriormente, están tomados de la realidad. Pueden calificarse de cuanto se quiera, excepto de inverosímiles. El estudio de las pasiones es más dado á sorpresas que el de la más sorprendente investigación, y aun no se ha podido descubrir su lógica.

CAPÍTULO VIII

Las líneas de Torres-Vedras

I

La ruda contrariedad experimentada en Coimbra en nada disminuyó el ardor de las tropas francesas, que siguieron avanzando impetuosamente, derrotando á los aliados en Leiría y Alcoendre.

Creíase ya cierto Massena de haber rechazado á los ingleses hasta el mar y de entrar al día siguiente en Lisboa, cuando de pronto se encontró con la más terrible de las sorpresas.

Estaba al pie de Torres-Vedras, cuya existencia desconocía por completo.

Los franceses se pararon ante lo formidable.

Eran tres líneas de defensa, concéntricas, en que habían contribuído por igual la naturaleza y el arte formando una especie de isla entre el Tajo y el mar. La primera línea partía desde Alandra, á orillas del río de este nombre, hasta la desembocadura del Sizandro, siguiendo la conformación sinuosa de las montañas en una extensión de 50 á 60 kilómetros, aprovechando el curso del Arruda y del ya citado Sizandro y las posiciones de Torres-Vedras, Monte Agraça, San Pedro de Cadeira, Ponte de Rol, el desfiladero de Arruda y los caminos de Ayuda y Euxarra dos Cavalleiros. La segunda línea, de 40 kilómetros, á unos 16 detrás de la anterior, era la más fuerte: empezaba en Quintela, terminando en Ericeira, cerca la desembocadura del San Lorenzo, siguiendo por la sierra de Serres, el desfiladero de Bucellas, el paso de Montanchique, la sierra de Chipre, el desfiladero de Mafra y el río de San Lorenzo. La tercera línea la constituían los cerros que rodean la bahía de San Julián, y, en último término, Lisboa.

Estaban coronadas estas líneas por escarpadas cimas, y las defendían profundos barrancos, formando una serie de fosos naturales.

II

La idea de mantener y asegurar tan formidables posiciones databa de 1799, en cuya fecha el general inglés Stuart mandó levantar los planos de todos los puestos, atento á la posibilidad de una invasión francesa, no cayendo nunca en olvido tal proyecto.

Así que puso el pie en Portugal, fué el primer cuidado de Wellington proceder á todas las obras necesarias, guardándose el más profundo misterio. Hacía más de un año que estaban trabajando en ellas miles de operarios bajo la dirección del ingeniero militar Fletcher, auxiliado por once oficiales ingleses, dos hannoverianos y cuatro portugueses, y, sin embargo, hacíase todo con impenetrable sigilo.

Fué, sin duda, admirable la previsión de Welling-

ton en fortificar aquellas líneas de la manera perfecta como se hizo.

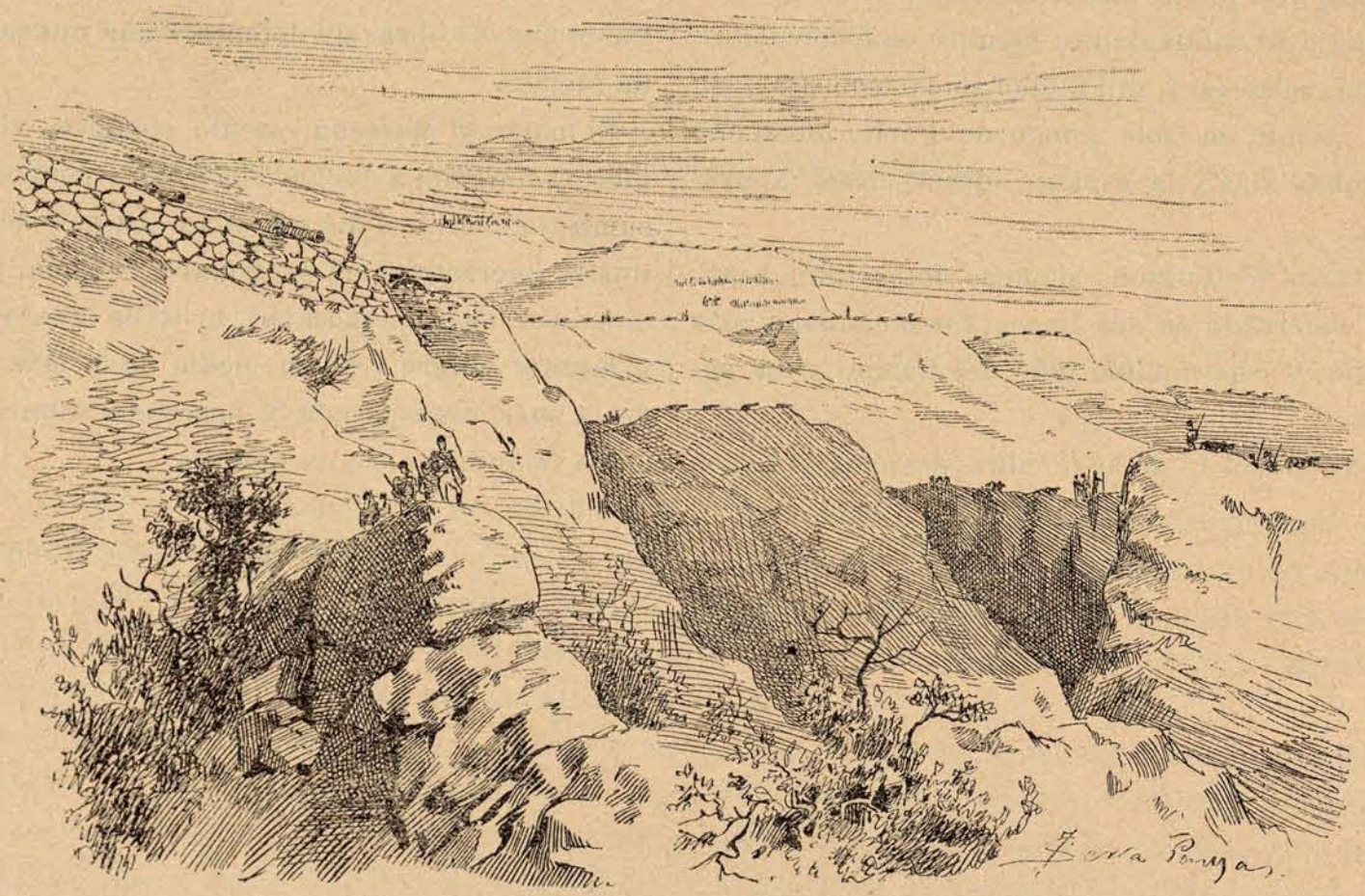
El digno oficial D. Miguel de Alava, enviado por el gobierno español cerca de la persona del duque inglés, y siempre estimadísimo por éste, decía muy justamente: «No ha podido cabernos mayor fortuna que haber asegurado el punto de la isla gaditana y este de Torres-Vedras, inexpugnables ambos.»

Una cadena de 150 fuertes, en los que asomaban sus bocas 650 cañones, erizaba en toda su extensión aquella tremenda ciudadela de 15 leguas en cuadro, con el mar detrás, libre de enemigos.

El día 9 de octubre de 1810 los ingleses habían ya entrado todos en el recinto.

Al finalizar el mes había dentro 130,000 hombres, entre ellos 8,000 españoles al mando de La Romana, formando dos divisiones, regidas por D. Carlos O'Donnell y D. Martín de la Carrera.

Wellington, siempre impasible, no se movió de las líneas.



Eran tres líneas de defensa, concéntricas, en que habían contribuído por igual la naturaleza y el arte...

Los anales militares no recuerdan otro caso como la concentración de tan enorme masa de gente dentro de más formidables atrincheramientos.

Massena estaba profundamente preocupado.

III

El príncipe de Essling no había tenido la menor noticia de las posiciones ante las cuales se había visto tan inesperadamente detenido.

Estaban bajo su mando los cuerpos de ejército del ingobernable Ney, de Junot y Regnier, la caballería de Montbrun y las fuerzas de ocupación del norte y occidente de España, esperándose dos nuevos cuerpos formados en Bayona, 9.° y 10.°, á las órdenes de Drouet y Caffarelli. En suma, más de 120,000 hombres.

Durante algunos días estuvo reconociendo y tanteando las líneas, quedando convencido de la imposibilidad de poder forzarlas.

Celebróse consejo de generales y decidióse que Foy partiese á París para informar de la situación al emperador y pedirle mandase refuerzos.

Con la detención del ejército francés empezaron á escasear los víveres, y al propio tiempo se vió circunvalado por los aliados. Al norte le hostilizaban las milicias portuguesas y un batallón español de ligeros, apoyados por un regimiento de caballería inglés. Por detrás tenían iguales enemigos, y lo mismo por Extremadura.

Los guerrilleros de León, Castilla, Asturias y Vascongadas dañábanles considerablemente, dificultando los convoyes y socorros é interrumpiendo las comunicaciones con Francia.

Los imperialistas estaban metidos en una verdadera red, de la que con trabajo habían de poder salir.

El impetuoso héroe de Zurich tenía que tascar el freno y permanecer inmóvil é inactivo ante el inexpugnable muradal que tenía enfrente. Un mes entero pasó de aquella manera, sufriendo su ejército todo linaje de calamidades: hambre, enfermedades, frío, sed, miseria y mil intolerables molestias, sin poder recibir un solo pliego de París, hostigado por ambas alas y la espalda, desesperado, apuradísimo.

En tanto Wellington, siempre impasible, continuaba encerrado en sus líneas, fortificándolas más cada día, y esperándolo todo del tiempo y la paciencia.

Por último, el 13 de noviembre, después de haber enviado Massena delante de sí, con el mayor sigilo, toda la impedimenta, comenzó su movimiento de retirada.

Hasta el día 15 no advirtieron aquello los ingleses; pero, en lugar de perseguirles con ímpetu, el siempre circunspecto Wellington se limitó á destacar dos divisiones para que fuesen tras de ellos de observación.

A pesar de que Massena se hallaba ya á muchas leguas de distancia, el general en jefe de los aliados siguió en su sistema de inmovilidad y espera, levantando nuevas obras de defensa y una nueva cadena de fuertes.

El mariscal Massena, atento siempre, vigilante, alerta, obligado á luchar sin tregua contra sus insumisos generales, dió muestras insignes de ser tan ilustre guerrero como pregonaba la fama, y, como antes por su impetuosidad, brillaba ahora por su firmeza y sangre fría en medio de la más crítica, de la más desesperada y horrenda situación que cabía imaginar para un ejército.